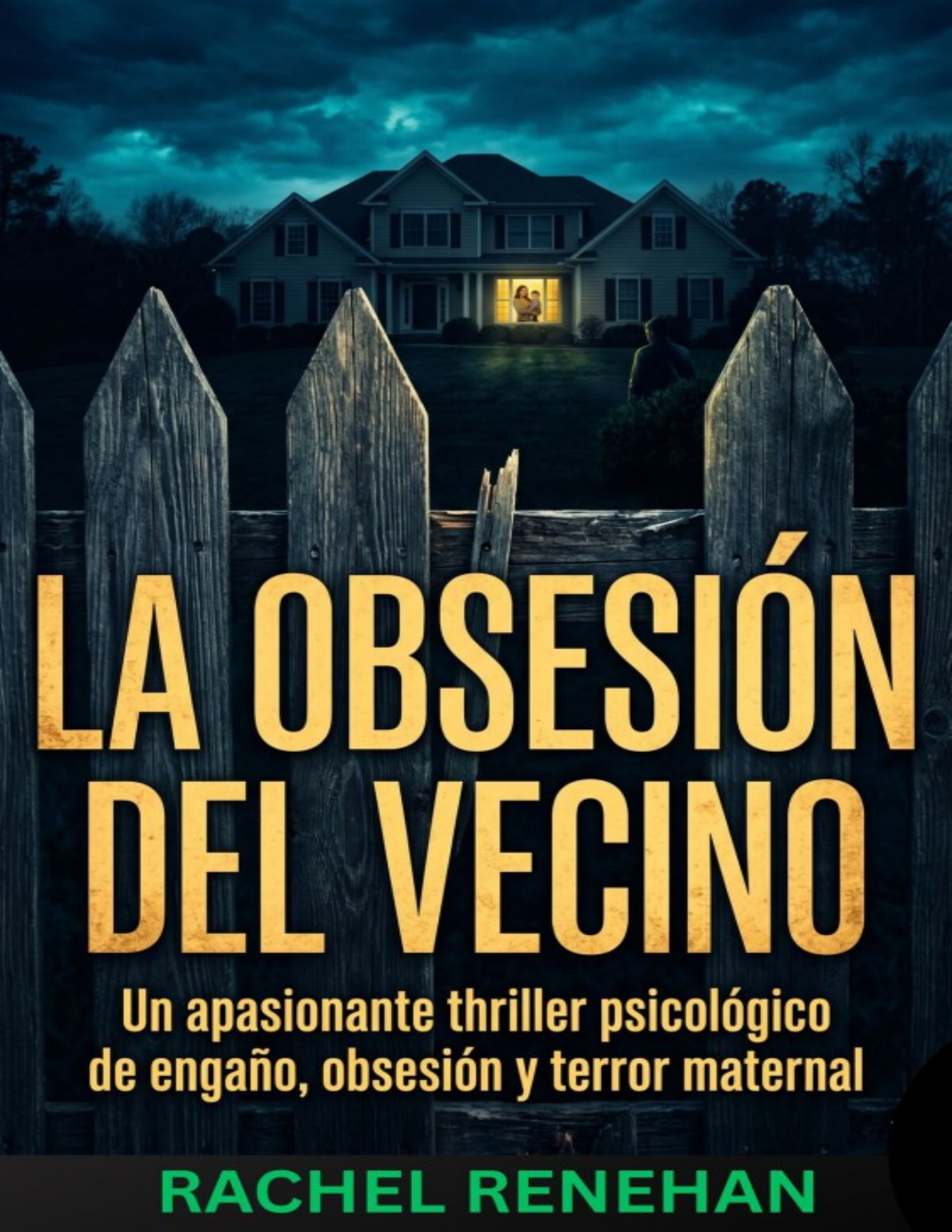
LA OBSESIÓN DEL VECINO
Un apasionante thriller psicológico de engaño, obsesión y terror maternal
RACHEL RENEHAN

La obsesión del vecino

Un apasionante thriller psicológico de engaño, obsesión y terror maternal

RACHEL RENEHAN

Capítulo 1 – La casa entre los pinos

El cielo de Oregón estaba cubierto por una suave capa de nubes cuando la camioneta de mudanza giró por última vez y entró en una tranquila calle rodeada de altos pinos. El aire era fresco y limpio, impregnado del aroma de la madera húmeda y la tierra recién regada por la lluvia de la madrugada.

Sarah Martínez observó por la ventana y sonrió.

—Es incluso más bonito de lo que recordaba —dijo en voz baja.

David, sentado al volante, también sonrió.

—Te dije que valía la pena el viaje.

Frente a ellos apareció la casa.

Era una vivienda de dos plantas, pintada de blanco con detalles en gris oscuro. Un pequeño porche adornaba la entrada principal y un amplio jardín se extendía alrededor de la propiedad. Los pinos que rodeaban el terreno creaban una sensación de privacidad y tranquilidad que parecía imposible encontrar en las grandes ciudades.

Sarah permaneció inmóvil durante unos segundos contemplando la casa.

Durante años habían trabajado duro para llegar hasta allí.

David había aceptado innumerables proyectos adicionales en su empresa de ingeniería. Sarah había pasado largas noches dando clases particulares mientras ahorraban cada dólar posible.

Ahora, finalmente, aquel sueño era real.

David apagó el motor.

—¿Lista?

Sarah asintió.

—Más que lista.

Bajaron del vehículo.

Una ligera brisa movió las ramas de los árboles.

Por un momento todo parecía perfecto.

Silencio.

Paz.

Un nuevo comienzo.

Los trabajadores comenzaron a descargar cajas mientras Sarah caminaba lentamente alrededor de la propiedad.

Observó las ventanas.

El tejado.

La cerca de madera que delimitaba el terreno.

Cada detalle la llenaba de felicidad.

Durante mucho tiempo habían vivido en apartamentos pequeños y ruidosos. Siempre había vecinos encima, debajo o al otro lado de las paredes.

Aquí era diferente.

Aquí podían construir una verdadera familia.

Sarah colocó una mano sobre su pecho.

Aquella idea le provocó una cálida emoción.

Una familia.

Era algo que ella y David deseaban profundamente.

Mientras caminaba por el jardín trasero, escuchó una voz amable.

—Buenos días.

Sarah se volvió.

Una mujer mayor estaba de pie junto a la cerca que separaba ambas propiedades.

Llevaba una chaqueta azul clara y una sonrisa cordial.

A su lado estaba un hombre alto de cabello gris cuidadosamente peinado.

—Hola —respondió Sarah.

La mujer sonrió.

—Soy Helen Vance.

Señaló al hombre.

—Y este es mi esposo, Arthur.

—Mucho gusto —dijo Arthur.

Su voz era tranquila y educada.

Sarah se acercó.

—Yo soy Sarah y él es mi esposo David.

David también saludó.

Arthur estrechó su mano.

—Bienvenidos al vecindario.

—Gracias.

Helen parecía realmente feliz de conocerlos.

—Hace mucho tiempo que esta casa estaba vacía. Nos alegra tener nuevos vecinos.

—Nosotros también estamos muy contentos de estar aquí —respondió Sarah.

Helen observó la vivienda.

—Es una casa maravillosa.

—Nos enamoramos de ella desde la primera visita.

—Lo entiendo perfectamente.

La conversación continuó durante varios minutos.

Los Vance parecían personas amables y respetables.

Arthur había trabajado como profesor universitario antes de jubilarse.

Helen había sido bibliotecaria durante décadas.

Todo en ellos transmitía educación y tranquilidad.

Cuando finalmente se despidieron, Sarah comentó:

—Parecen muy agradables.

David asintió.

—Sí. Tuvimos suerte.

Sin embargo, mientras caminaban de regreso a la casa, Arthur permaneció inmóvil observándolos desde el otro lado de la cerca.

Su expresión era imposible de interpretar.

Pero cuando Sarah volvió la vista, él sonrió nuevamente.

Y la sensación desapareció.

La mudanza ocupó todo el día.

Las cajas se acumulaban por cada habitación.

La cocina estaba llena de utensilios.

El salón parecía un laberinto de muebles.

El dormitorio principal era un caos absoluto.

Sin embargo, para Sarah aquel desorden era hermoso.

Significaba que estaban comenzando una nueva vida.

Al caer la noche, ambos estaban agotados.

Pidieron comida sencilla y cenaron sentados en el suelo porque todavía no habían instalado la mesa.

David levantó una botella de agua.

—Por nuestro nuevo hogar.

Sarah sonrió.

—Por nuestro nuevo hogar.

Chocaron las botellas.

Después comenzaron a reír.

Era una risa sincera.

Una risa nacida del alivio.

Habían llegado.

Finalmente habían llegado.

Durante la siguiente semana todo pareció desarrollarse perfectamente.

Sarah exploró el vecindario.

Conoció algunas tiendas locales.

Visitó una pequeña cafetería.

Descubrió un hermoso parque a pocos minutos caminando.

La comunidad era tranquila.

Las personas parecían amistosas.

Incluso los Vance continuaron mostrándose atentos.

Helen llevó un pastel casero como regalo de bienvenida.

Arthur ayudó a David a identificar algunas reparaciones menores que convenía realizar antes del invierno.

Todo parecía normal.

Demasiado normal.

Fue entonces cuando Sarah notó algo extraño por primera vez.

Ocurrió una tarde.

Ella estaba organizando libros en la sala cuando vio una camioneta estacionarse frente a la casa de los Vance.

Dos técnicos descendieron del vehículo.

Durante las siguientes horas instalaron varios dispositivos en distintos puntos del jardín vecino.

Sarah observó desde la ventana.

Parecían cámaras.

Al principio no le dio importancia.

Muchas personas utilizaban sistemas de seguridad modernos.

Pero cuando uno de los trabajadores ajustó el ángulo de una cámara, Sarah frunció el ceño.

El lente apuntaba directamente hacia su propiedad.

Más específicamente hacia una de las ventanas laterales.

Tal vez era una coincidencia.

Quizás solo cubría parte del jardín.

No quiso sacar conclusiones precipitadas.

Aun así, la imagen quedó grabada en su mente.

Esa noche comentó el asunto con David.

—Instalaron varias cámaras nuevas.

David siguió revisando unos documentos.

—Es bastante común.

—Lo sé.

—¿Te preocupa algo?

Sarah dudó.

—No exactamente.

—Entonces no pienses demasiado en ello.

Sarah sonrió.

—Probablemente tengas razón.

Pero una pequeña inquietud permaneció en su interior.

Dos días después ocurrió otro incidente.

Sarah estaba regando flores cerca de la cerca cuando Helen apareció.

—Qué bonito jardín.

—Gracias.

Helen observó las plantas.

—¿Planean tener hijos algún día?

La pregunta la sorprendió.

—Sí, si Dios quiere.

Helen permaneció en silencio unos segundos.

—Los niños llenan una casa de vida.

Sarah sonrió.

—Eso dicen.

La mujer parecía querer agregar algo más.

Sin embargo, se limitó a asentir.

—Espero que sean muy felices aquí.

—Gracias.

Helen se alejó lentamente.

Sarah continuó trabajando.

Pero tuvo la extraña sensación de que aquella conversación había sido más significativa de lo que parecía.

Las semanas transcurrieron.

David comenzó un importante proyecto laboral que exigía frecuentes viajes.

Sarah pasaba más tiempo sola en casa.

Al principio disfrutó de la tranquilidad.

Sin embargo, poco a poco empezó a notar detalles inquietantes.

Algunas veces sentía que alguien la observaba.

Otras veces encontraba a Arthur trabajando en su jardín justo cuando ella salía al exterior.

Varias veces Helen aparecía inesperadamente para conversar.

Siempre era amable.

Siempre era educada.

Pero su presencia comenzaba a sentirse constante.

Demasiado constante.

Una tarde Sarah decidió caminar alrededor de la propiedad.

Quería familiarizarse mejor con cada rincón del terreno.

Mientras avanzaba junto a la cerca, observó algo.

Una de las nuevas cámaras de seguridad.

El lente estaba claramente orientado hacia una parte considerable de su jardín.

Se detuvo.

Miró cuidadosamente.

No había duda.

La cámara registraba mucho más que la propiedad vecina.

Una sensación incómoda recorrió su espalda.

Intentó convencerse de que era accidental.

Aun así tomó una fotografía con su teléfono.

Por si acaso.

Aquella noche el viento soplaba con fuerza entre los pinos.

Sarah permanecía despierta en la cama mientras escuchaba el sonido de las ramas.

David estaba fuera de la ciudad por trabajo.

Era la primera vez que dormía sola en la nueva casa.

Intentó relajarse.

Leyó algunas páginas de un libro.

Luego apagó la luz.

El silencio llenó la habitación.

Pasaron varios minutos.

Entonces escuchó algo.

Un ruido.

Muy suave.

Como si alguien caminara sobre grava.

Sarah abrió los ojos.

Su corazón comenzó a acelerarse.

Permaneció inmóvil.

Escuchando.

El sonido volvió.

Más cerca.

Se incorporó lentamente.

La habitación estaba oscura.

Se acercó a la ventana.

Apartó apenas la cortina.

Miró hacia afuera.

No había nadie.

Solo los árboles balanceándose bajo la luz de la luna.

Sarah respiró profundamente.

Quizás había sido un animal.

O simplemente el viento.

Intentó convencerse de ello.

Pero mientras regresaba a la cama, algo llamó su atención.

Una pequeña luz roja.

A lo lejos.

En dirección a la propiedad de los Vance.

La luz de una cámara.

Parpadeando en la oscuridad.

Y por primera vez desde que había llegado a aquel hermoso vecindario rodeado de pinos, Sarah sintió una inquietud que no podía explicar.

Una sensación silenciosa.

Persistente.

Como una sombra que acababa de aparecer en el borde de su nueva vida.

Y aunque todavía no lo sabía, aquel era solo el comienzo de una historia mucho más oscura de lo que jamás habría imaginado.

Capítulo 2 – Los vecinos perfectos

La mañana siguiente amaneció gris y tranquila.

Sarah apenas había dormido. Aunque había intentado convencerse de que los ruidos de la noche no significaban nada, la imagen de la luz roja parpadeando en la oscuridad seguía presente en su mente.

Después de desayunar, decidió concentrarse en algo más útil.

Tenía varias cajas por ordenar y algunas decoraciones por colocar en la sala.

Mientras trabajaba, intentó ignorar la sensación de inquietud que la acompañaba desde la noche anterior.

A media mañana sonó el timbre.

Sarah abrió la puerta.

Era Helen Vance.

La mujer sostenía una bandeja cubierta con un paño blanco.

—Buenos días, querida.

—Buenos días, Helen.

—Preparé unas galletas. Pensé que tal vez te gustaría probarlas.

Sarah sonrió cortésmente.

—Muchas gracias.

—¿Puedo pasar un momento?

La pregunta tomó a Sarah por sorpresa.

—Claro.

Helen entró observando cuidadosamente el interior de la casa.

No parecía hacerlo de manera maliciosa.

Sin embargo, Sarah notó que la mujer examinaba cada detalle.

Las fotografías.

Los muebles.

La distribución de las habitaciones visibles desde el salón.

—Han hecho un trabajo maravilloso —comentó Helen.

—Todavía falta mucho por organizar.

—No lo parece.

Helen sonrió.

Después su mirada se detuvo sobre una fotografía de boda.

—Hacen una hermosa pareja.

—Gracias.

—¿Cuánto tiempo llevan casados?

—Cinco años.

—Qué bonito.

Helen observó la imagen durante unos segundos más.

—Se nota que se quieren mucho.

Sarah sintió un ligero alivio.

Tal vez estaba imaginando cosas.

Helen parecía una mujer amable y solitaria que simplemente disfrutaba conversar.

Sin embargo, poco antes de marcharse, hizo una pregunta inesperada.

—¿David viaja con frecuencia?

Sarah dudó.

—A veces.

—Debe ser difícil quedarse sola.

—Ya me acostumbré.

Helen asintió lentamente.

—Sí. La soledad puede ser complicada.

Por alguna razón, aquellas palabras hicieron que Sarah sintiera un pequeño escalofrío.

Aquella tarde David llamó desde Portland.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Todo tranquilo?

Sarah pensó en contarle lo de la visita.

Pero decidió no hacerlo.

No quería parecer exagerada.

—Todo bien.

—Mañana tendré varias reuniones.

—No te preocupes.

—Volveré en dos días.

—Te estaré esperando.

Hablaron unos minutos más antes de despedirse.

Sarah dejó el teléfono sobre la mesa.

La casa volvió a quedar en silencio.

Los días siguientes transcurrieron sin incidentes importantes.

Al menos aparentemente.

Sarah comenzó a notar pequeños detalles que la hacían sentirse incómoda.

Cada vez que salía al jardín, parecía encontrarse con Arthur o Helen.

Si iba al buzón, Arthur estaba cortando el césped.

Si regaba las flores, Helen aparecía cerca de la cerca.

Si paseaba por el vecindario, los encontraba caminando por la misma dirección.

Podía ser una coincidencia.

Después de todo, eran vecinos.

Pero las coincidencias comenzaban a acumularse.

Una tarde Sarah decidió visitar la biblioteca local.

Necesitaba distraerse.

Pasó varias horas leyendo y explorando el edificio.

Cuando regresó a casa, encontró a Arthur de pie junto a la cerca.

—Buenas tardes.

—Hola, Arthur.

—¿Cómo estuvo tu día?

Sarah sonrió.

—Muy bien.

Arthur asintió.

—Me alegra.

Luego añadió algo que la dejó inmóvil.

—La biblioteca suele estar bastante tranquila los martes.

Sarah parpadeó.

—¿Cómo sabe que fui allí?

Arthur pareció sorprendido.

—Oh... simplemente te vi salir esta mañana con algunos libros en la mano.

Sarah sintió un ligero nudo en el estómago.

Era una explicación razonable.

Sin embargo, algo en el tono de su voz la hizo sentir incómoda.

—Entiendo.

Arthur sonrió.

—Que tengas buena tarde.

Y regresó lentamente a su casa.

Sarah permaneció inmóvil varios segundos.

Observándolo alejarse.

Esa misma noche, David regresó.

Sarah se sintió mucho mejor apenas lo vio entrar.

La casa parecía menos vacía.

Menos inquietante.

Cenaron juntos y hablaron sobre sus respectivas semanas.

Finalmente Sarah mencionó a los Vance.

—¿No te parecen demasiado atentos?

David levantó la vista.

—¿A qué te refieres?

—Siempre aparecen cuando estoy afuera.

—Son jubilados.

—Lo sé.

—Probablemente tengan mucho tiempo libre.

Sarah suspiró.

—Tal vez.

David tomó su mano.

—Amor, acabamos de mudarnos.

—Sí.

—Es normal sentirte extraña en un lugar nuevo.

Sarah asintió.

Quizás tenía razón.

Quizás estaba exagerando.

Durante el fin de semana ocurrió algo que reforzó esa idea.

Los Vance invitaron a Sarah y David a tomar café en su casa.

La vivienda era impecable.

Todo estaba perfectamente ordenado.

Las paredes estaban decoradas con fotografías antiguas.

Paisajes.

Graduaciones.

Retratos familiares.

Helen actuó como una anfitriona encantadora.

Arthur compartió historias sobre su carrera universitaria.

La conversación fue agradable.

Normal.

Por momentos Sarah llegó a pensar que sus preocupaciones eran completamente infundadas.

Hasta que vio una fotografía.

Estaba colocada sobre una repisa en la sala.

Mostraba a una joven mujer sonriendo frente a un lago.

Sarah la señaló.

—¿Es su hija?

Un silencio inesperado llenó la habitación.

Helen quedó inmóvil.

Arthur bajó la mirada.

Durante unos segundos nadie habló.

Finalmente Arthur respondió.

—Sí.

Su voz sonó diferente.

Más apagada.

Más triste.

Sarah comprendió inmediatamente que había tocado un tema delicado.

—Lo siento. No quería incomodarles.

Helen forzó una sonrisa.

—No te preocupes.

Pero la expresión de sus ojos cambió.

Había dolor allí.

Un dolor profundo.

Antiguo.

Arthur se levantó para cambiar de tema.

—¿Quieren más café?

La conversación continuó, pero la atmósfera ya no era la misma.

Algo se había quebrado.

Algo invisible.

Cuando finalmente regresaron a casa, Sarah comentó:

—Creo que les ocurrió algo terrible.

David asintió.

—Yo también lo noté.

—Nunca hablan de su hija.

—Quizás la perdieron.

Sarah guardó silencio.

Por primera vez sintió compasión por los Vance.

Una compasión sincera.

Tal vez detrás de toda aquella atención existía simplemente una enorme soledad.

Los días siguientes parecieron confirmar esa teoría.

Helen se mostró más reservada.

Arthur apenas conversaba.

Todo parecía volver a la normalidad.

Hasta que llegó una mañana lluviosa.

Sarah estaba revisando el correo cuando encontró un sobre sin remitente.

Frunció el ceño.

No esperaba ninguna carta.

Entró a la cocina y abrió el sobre.

Dentro había una única hoja.

Sin firma.

Sin explicación.

Solo una frase escrita con letras impresas:

"Algunas personas nunca superan sus pérdidas."

Sarah sintió un escalofrío.

Volvió a leerla.

Luego otra vez.

No había nada más.

Ninguna pista.

Ningún nombre.

Solo aquella inquietante oración.

Su primer impulso fue pensar que alguien había dejado la nota por error.

Sin embargo, el sobre llevaba claramente su dirección.

Guardó la carta.

Intentó no alarmarse.

Pero durante el resto del día no pudo dejar de pensar en ella.

Esa noche mostró la nota a David.

Él la examinó cuidadosamente.

—Es extraño.

—¿Verdad?

—Quizás sea una broma.

—No tiene gracia.

—No.

Sarah observó la carta.

—¿Crees que tiene relación con los Vance?

David negó con la cabeza.

—No podemos asumir eso.

—Lo sé.

—Podría ser cualquier cosa.

Sarah guardó nuevamente el papel.

Pero la inquietud seguía allí.

Cada vez más fuerte.

Dos días después, mientras limpiaba una ventana del segundo piso, Sarah observó algo que la hizo detenerse.

En el jardín vecino, Helen estaba sentada sola.

Miraba hacia la casa de Sarah.

No hacia el jardín.

No hacia los árboles.

Directamente hacia una de las ventanas.

Durante varios segundos permaneció inmóvil.

Observando.

Como si estuviera esperando algo.

O a alguien.

Sarah sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Entonces Helen pareció darse cuenta de que estaba siendo observada.

Se levantó rápidamente.

Sonrió.

Y entró en su casa.

Sarah permaneció junto a la ventana.

Con el corazón acelerado.

Intentando comprender por qué aquella escena aparentemente simple le había provocado tanto miedo.

Y mientras la lluvia comenzaba a caer suavemente sobre los pinos que rodeaban el vecindario, una pregunta empezó a formarse en su mente.

¿Quiénes eran realmente Arthur y Helen Vance?

Porque detrás de sus sonrisas perfectas, de su amabilidad impecable y de su apariencia respetable, Sarah comenzaba a sospechar que existía algo más.

Algo oculto.

Algo que todavía no lograba ver.

Capítulo 3 – Ojos detrás de las ventanas

La lluvia continuó durante gran parte de la semana, envolviendo el vecindario en una atmósfera silenciosa y melancólica. Los pinos parecían más oscuros bajo el cielo gris, y la casa de Sarah se sentía extrañamente aislada, como si estuviera separada del resto del mundo.

David había vuelto a viajar por trabajo.

—Solo serán tres días —le dijo mientras preparaba su maleta.

Sarah asintió, intentando ocultar su incomodidad.

—Estaré bien.

David la besó en la frente.

—No te preocupes tanto, amor.

Pero ella no podía evitarlo.

Desde la nota anónima y la escena con Helen observándola desde el jardín, la sensación de estar vigilada se había vuelto constante.

Aun así, trató de mantener la normalidad.

Ordenó la casa.

Hizo compras.

Habló con su amiga Clara por teléfono.

Intentó convencerse de que todo estaba en su imaginación.

Hasta que comenzaron a aparecer los pequeños detalles.

El primero ocurrió el martes por la tarde.

Sarah había salido al supermercado y regresó una hora después. Al entrar en casa, notó que una de las cortinas del salón estaba ligeramente abierta.

Recordaba claramente haberla cerrado antes de salir.

Se acercó y miró alrededor.

Todo parecía normal.

Nada faltaba.

Nadie parecía haber entrado.

Probablemente había sido el viento.

Pero la casa estaba completamente cerrada.

***

Esa noche, mientras cenaba sola, escuchó un leve clic proveniente del exterior.

Como el sonido de una cámara tomando una fotografía.

Sarah dejó el tenedor sobre la mesa.

El sonido volvió a repetirse.

Se levantó lentamente y se acercó a la ventana.

La oscuridad del jardín apenas permitía distinguir las sombras de los árboles.

No había nadie visible.

Sin embargo, al mirar hacia la propiedad de los Vance, vio nuevamente aquella pequeña luz roja.

Parpadeando.

La cámara seguía apuntando hacia su casa.

Un escalofrío recorrió su espalda.

***

Al día siguiente decidió revisar el perímetro de la propiedad con más atención.

Caminó junto a la cerca observando cada una de las cámaras instaladas por los Vance.

Había más de las que recordaba.

Una en la entrada.

Otra junto al garaje.

Dos en el jardín trasero.

Y una especialmente alta, instalada en un poste metálico, con un ángulo que claramente permitía ver parte del segundo piso de su casa.

Sarah tomó varias fotografías con el teléfono.

Luego regresó al interior.

Intentó mantenerse tranquila.

Quizás los ángulos eran engañosos.

Quizás simplemente cubrían áreas comunes.

Pero cuanto más pensaba en ello, más incómoda se sentía.

***

Aquella tarde llamó a Clara.

—Necesito decirte algo raro.

Clara guardó silencio mientras Sarah le explicaba lo de las cámaras, la nota anónima y la sensación constante de vigilancia.

Cuando terminó, su amiga respondió:

—Eso sí suena extraño.

—¿Crees que estoy exagerando?

—No lo sé. Tal vez los vecinos sean simplemente muy meticulosos con la seguridad.

—Pero las cámaras apuntan hacia mi casa.

—¿Estás segura?

—Sí.

Clara suspiró.

—Habla con David otra vez. Y si te sigue incomodando, considera poner tus propias cámaras.

Sarah pensó en ello.

Tal vez era buena idea.

***

Esa misma noche, mientras preparaba té en la cocina, vio movimiento por la ventana.

Arthur Vance estaba de pie en su jardín.

La lluvia había comenzado nuevamente, pero él permanecía inmóvil, mirando hacia la casa de Sarah.

No parecía estar trabajando ni caminando.

Simplemente observaba.

Sarah sintió que el corazón le latía con fuerza.

Se apartó de la ventana.

Cuando volvió a mirar unos segundos después, Arthur ya no estaba.

***

Al día siguiente recibió otro sobre sin remitente.

Esta vez estaba colocado justo frente a la puerta principal.

Sarah lo recogió con manos temblorosas.

Dentro había una nueva hoja con un mensaje corto:

"Las apariencias engañan."

Ninguna firma.

Ninguna explicación.

El miedo empezó a convertirse en algo más tangible.

No era solo una sensación.

Alguien estaba intentando comunicarse con ella.

O intimidarla.

Llamó inmediatamente a David.

—Esto ya no me parece normal.

David guardó silencio unos segundos.

—¿Otra nota?

—Sí.

—¿La misma letra?

—Sí. Letras impresas.

—Sarah, quizás deberíamos hablar con la policía.

—¿Y decirles qué? ¿Que alguien deja frases extrañas en mi puerta?

—No lo sé.

Sarah respiró profundamente.

—Tal vez primero debería hablar con los Vance sobre las cámaras.

David dudó.

—Hazlo con calma.

—Lo haré.

***

Esa tarde Sarah reunió valor y caminó hasta la casa vecina.

Helen abrió la puerta.

—¡Sarah! Qué gusto verte.

—Hola, Helen. ¿Tienes un momento?

—Claro, pasa.

Sarah prefirió quedarse afuera.

—Quería preguntarte algo sobre las cámaras nuevas.

Helen sonrió amablemente.

—¿Las cámaras?

—Sí. He notado que algunas apuntan hacia nuestra propiedad y me siento un poco incómoda.

La expresión de Helen cambió apenas un instante, aunque recuperó rápidamente la sonrisa.

—Oh, querida, es solo por seguridad.

—Lo entiendo, pero una de ellas parece enfocada directamente hacia nuestras ventanas.

—Debe ser el ángulo.

—¿Crees que podrían ajustarla un poco?

Helen la observó en silencio durante un momento demasiado largo.

Luego respondió:

—Hablaré con Arthur.

—Gracias. Lo agradezco.

Cuando Sarah se dio la vuelta para marcharse, Helen añadió:

—En este vecindario la seguridad es muy importante.

Sarah asintió sin responder.

Mientras caminaba de regreso, sintió la mirada de Helen clavada en su espalda.

***

Aquella noche ocurrió algo que terminó de quebrar su sensación de tranquilidad.

Sarah estaba en el dormitorio preparándose para dormir cuando escuchó un golpe seco en la ventana.

Se sobresaltó.

Miró rápidamente hacia afuera.

Nada.

El corazón le latía con fuerza.

Se acercó con cautela.

En el cristal había una pequeña piedra.

Y debajo de la ventana, sobre el césped mojado, encontró un objeto.

Un muñeco de madera.

Antiguo.

Tallado a mano.

Le faltaba uno de los ojos.

Sarah retrocedió horrorizada.

No sabía quién lo había dejado allí.

Ni qué significaba.

Cerró inmediatamente las cortinas y llamó a David.

—Quiero que vuelvas mañana.

—¿Qué pasó?

—Alguien dejó algo en la ventana. Esto ya no es normal.

David intentó tranquilizarla.

—Volveré en cuanto pueda.

—No me siento segura aquí.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea.

—Sarah, escucha. Mantén las puertas cerradas. Si pasa algo más, llama a la policía.

—Está bien.

Después de colgar, revisó cada cerradura de la casa.

Ventanas.

Puertas.

Garaje.

Todo estaba asegurado.

Aun así, no logró relajarse.

Se sentó en la sala abrazando una manta mientras la lluvia golpeaba el techo.

Cada crujido de la casa la hacía sobresaltarse.

Cada sombra parecía moverse.

Y entonces, poco después de la medianoche, escuchó nuevamente aquel leve clic.

El sonido de una cámara.

Muy cerca.

Sarah se acercó lentamente a la ventana del salón y apartó apenas la cortina.

A través de la oscuridad distinguió una figura al otro lado de la calle.

Inmóvil.

Observando la casa.

No podía distinguir el rostro.

Solo la silueta bajo la lluvia.

Y antes de que pudiera reaccionar, la figura se alejó entre los árboles.

Desapareciendo en la oscuridad.

Sarah permaneció congelada, con el corazón desbocado.

Por primera vez comprendió que no se trataba solo de una vecina entrometida o de cámaras mal orientadas.

Alguien la estaba observando deliberadamente.

Alguien quería que se sintiera vigilada.

Y el verdadero terror apenas estaba comenzando.

Capítulo 4 – Líneas que no deberían cruzarse

La mañana siguiente llegó acompañada por una densa niebla que cubría el vecindario. Los altos pinos apenas eran visibles desde las ventanas de la casa de Sarah, y el silencio parecía aún más pesado que de costumbre.

Sarah apenas había dormido.

La figura observándola desde la oscuridad seguía presente en su mente.

El muñeco de madera permanecía sobre la mesa de la cocina dentro de una bolsa de plástico. No quería tocarlo más de lo necesario.

Cuando David regresó esa tarde, encontró a Sarah agotada.

—No tienes buen aspecto —dijo con preocupación.

—No he podido descansar.

Sarah le contó todo nuevamente.

La figura.

El sonido de la cámara.

El muñeco.

David escuchó sin interrumpirla.

Finalmente suspiró.

—Voy a instalar cámaras propias.

—Gracias.

—Y si vuelve a ocurrir algo extraño, iremos directamente a la policía.

Sarah asintió.

Por primera vez en varios días sintió algo de alivio.

Dos días después comenzaron los problemas.

Y esta vez no podían explicarse como simples coincidencias.

A media mañana alguien llamó a la puerta.

David abrió.

Un hombre de unos cincuenta años sostenía una carpeta bajo el brazo.

—Buenos días. ¿Señor Martínez?

—Sí.

—Mi nombre es Robert Collins. Trabajo para la oficina local de propiedades.

David frunció el ceño.

—¿Ocurre algo?

—Hemos recibido una reclamación relacionada con los límites de este terreno.

Sarah apareció detrás de él.

—¿Qué tipo de reclamación?

El hombre abrió la carpeta.

—Según la denuncia presentada, una parte de su entrada para vehículos invade una sección perteneciente a la propiedad vecina.

David quedó sorprendido.

—Eso no tiene sentido.

—Solo estoy aquí para realizar una inspección preliminar.

Sarah sintió un nudo en el estómago.

No necesitaba preguntar quién había presentado la reclamación.

Ya lo sabía.

Una hora después, Robert terminó las mediciones iniciales.

—Necesitaré revisar documentos más antiguos para confirmar los límites exactos.

—¿Y mientras tanto? —preguntó David.

—Mientras tanto, no puedo emitir una conclusión definitiva.

Sarah observó cómo el hombre se alejaba.

Justo entonces vio movimiento junto a la cerca.

Arthur Vance.

Los observaba desde su jardín.

Cuando notó que Sarah lo había visto, levantó la mano con una sonrisa tranquila.

Sarah no respondió.

Aquella noche, David estaba furioso.

—Esto es absurdo.

—¿Por qué harían algo así?

—No lo sé.

David caminaba de un lado a otro por la sala.

—Ni siquiera utilizan esa parte del terreno.

Sarah recordó las cámaras.

Las notas.

Las observaciones constantes.

Todo parecía formar parte de algo más grande.

Pero todavía no entendía qué.

Al día siguiente decidió hablar directamente con Helen.

La encontró regando flores cerca de la cerca.

—Hola, Helen.

—Buenos días, querida.

Sarah fue directa.

—¿Fueron ustedes quienes presentaron la reclamación sobre nuestra entrada?

Helen pareció sorprendida.

—Oh.

Guardó silencio unos segundos.

—Sí.

—¿Por qué?

—Arthur encontró algunos documentos antiguos.

—Nunca mencionaron nada antes.

Helen bajó la mirada.

—No queríamos causar problemas.

Sarah sintió cómo aumentaba su frustración.

—Entonces, ¿por qué hacerlo ahora?

Helen levantó la vista.

Por un instante desapareció la sonrisa amable que siempre mostraba.

—Porque algunas cosas deben corregirse.

Aquellas palabras hicieron que Sarah sintiera un escalofrío.

No por lo que decían.

Sino por la forma en que las dijo.

Fría.

Firme.

Casi calculada.

Esa noche Sarah comentó la conversación con David.

—Cada vez me gustan menos.

—Lo resolveremos.

—No es solo la disputa.

David la observó.

—Lo sé.

Ambos guardaron silencio.

Los dos pensaban en las cámaras.

En las notas.

En la constante sensación de vigilancia.

Los días siguientes estuvieron llenos de tensión.

Arthur evitaba cualquier conversación amistosa.

Helen apenas saludaba.

Sin embargo, Sarah notó algo aún más inquietante.

Las cámaras seguían apuntando hacia su casa.

Y ahora parecía haber más.

Una nueva apareció cerca del garaje de los Vance.

Otra junto a la cerca trasera.

David también comenzó a notarlo.

—Definitivamente están grabando parte de nuestra propiedad.

—Te lo dije.

David observó una de las cámaras durante varios segundos.

—Esto no es normal.

Una tarde Sarah salió a caminar para despejarse.

Necesitaba alejarse de la casa.

Alejarse de la tensión.

Terminó en un pequeño parque situado a unas calles de distancia.

Mientras estaba sentada en un banco, una mujer se acercó.

Parecía tener alrededor de sesenta años.

—¿Eres la nueva vecina de los Vance?

Sarah asintió.

—Sí.

La mujer sonrió.

—Soy Martha Collins.

—Mucho gusto.

Martha se sentó a su lado.

—Arthur y Helen llevan aquí muchos años.

Sarah intentó sonar casual.

—Parecen bastante conocidos en el vecindario.

Martha dudó.

—Sí.

Aquella breve pausa llamó inmediatamente la atención de Sarah.

—¿Ocurre algo?

La mujer pareció arrepentirse de haber hablado.

—No. Nada importante.

—Por favor.

Martha observó alrededor antes de responder.

—Solo diré que no siempre fueron tan sociables como parecen.

Sarah permaneció en silencio.

—¿Qué quiere decir?

—Hace muchos años ocurrió una tragedia en su familia.

—Lo sé. Tienen una hija.

Martha bajó la mirada.

—Tenían.

Sarah sintió un escalofrío.

—¿Murió?

Martha asintió lentamente.

—Fue algo terrible.

—¿Qué pasó?

—Nadie habla mucho de eso.

—¿Por qué?

La mujer parecía incómoda.

—Porque después de aquello cambiaron.

—¿Cómo?

Martha tardó varios segundos en responder.

—Se volvieron... obsesivos.

Sarah sintió cómo el corazón comenzaba a latir más rápido.

—¿Obsesivos?

—Con ciertas cosas.

—¿Qué cosas?

Pero Martha se levantó.

—Lo siento. No debería haber dicho nada.

—Espere.

—Solo ten cuidado.

La mujer se alejó antes de que Sarah pudiera hacer más preguntas.

Aquella noche Sarah no dejó de pensar en la conversación.

Cuando David llegó del trabajo, ella le contó todo.

—¿Obsesivos?

—Eso dijo.

—Tal vez solo esté exagerando.

—Tal vez.

Pero Sarah ya no estaba tan segura.

Demasiadas piezas comenzaban a encajar.

La tristeza que vio cuando mencionó a la hija.

La vigilancia constante.

Las cámaras.

La disputa por el terreno.

Las notas anónimas.

Todo parecía conectado de alguna manera.

Poco antes de medianoche ocurrió algo más.

Sarah estaba cerrando las cortinas cuando observó movimiento en el jardín vecino.

Helen estaba afuera.

Sola.

De pie bajo la luz tenue del porche.

Sostenía algo entre las manos.

Sarah observó con atención.

Era una fotografía.

Helen la miraba fijamente.

Después levantó lentamente la vista hacia la casa de Sarah.

Hacia la ventana del dormitorio.

Permaneció inmóvil durante varios segundos.

Luego regresó al interior.

Sarah sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo.

Porque durante aquel breve instante había visto el rostro de Helen con claridad.

Y aquella expresión no era la de una vecina amable.

Era la expresión de alguien consumido por una tristeza profunda.

Una tristeza que había permanecido demasiado tiempo sin sanar.

Y por primera vez, Sarah comenzó a preguntarse si las cámaras, la vigilancia y las disputas legales no eran el verdadero problema.

Tal vez eran solo síntomas.

Síntomas de algo mucho más oscuro.

Algo que todavía permanecía oculto detrás de la fachada perfecta de Arthur y Helen Vance.

Capítulo 5 – Semillas de duda

El conflicto por los límites de la propiedad continuó durante las semanas siguientes.

Aunque todavía no existía una resolución oficial, la simple existencia de la reclamación había cambiado por completo la relación entre ambas familias.

Las conversaciones amistosas desaparecieron.

Los saludos se volvieron breves.

Y el ambiente en el vecindario comenzó a sentirse incómodamente tenso.

Sarah intentaba concentrarse en su rutina diaria, pero la sensación de estar siendo observada seguía creciendo.

Cada vez que abría las cortinas encontraba una de las cámaras de los Vance apuntando en dirección a su casa.

Cada vez que salía al jardín sentía que alguien estaba pendiente de sus movimientos.

Y lo peor era que no tenía pruebas suficientes para demostrar nada.

Solo intuiciones.

Sospechas.

Miedo.

Una tarde, David regresó antes de lo habitual.

Parecía cansado.

Dejó su maletín junto a la puerta y se sentó en la cocina.

Sarah le sirvió una taza de café.

—Tuviste un día difícil.

—Más de lo normal.

David se masajeó las sienes.

—Arthur pasó por mi oficina esta mañana.

Sarah levantó la vista inmediatamente.

—¿Qué?

—Dijo que quería hablar conmigo sobre la disputa de la propiedad.

El corazón de Sarah comenzó a acelerarse.

—¿Y qué te dijo?

David dudó.

—Nada importante.

—David.

—Solo comentó algunas cosas.

—¿Qué cosas?

David evitó mirarla directamente.

—Preguntó cómo estabas.

Sarah permaneció en silencio.

—¿Y?

—Dijo que parecías muy estresada últimamente.

Sarah sintió un escalofrío.

—¿Eso dijo?

—Sí.

—¿Y qué respondiste?

—Que estabas bien.

Sarah dejó lentamente su taza sobre la mesa.

Aquello la inquietó más de lo que quería admitir.

—¿Por qué hablaría contigo sobre mí?

David intentó restarle importancia.

—Tal vez solo estaba preocupado.

—¿Preocupado?

—Sarah...

—Eso no es normal.

David suspiró.

—Quizás estás interpretándolo de otra manera.

Aquellas palabras la hicieron sentir incómoda.

No por lo que significaban.

Sino porque eran exactamente el tipo de comentario que Arthur parecía querer provocar.

Una pequeña duda.

Nada más.

Pero suficiente para sembrar una semilla.

Dos días después ocurrió algo parecido.

Sarah regresaba del supermercado cuando encontró a Arthur conversando con David frente al garaje.

Ambos parecían tranquilos.

Incluso amistosos.

Cuando Sarah se acercó, Arthur sonrió.

—Buenas tardes.

—Hola.

Arthur observó las bolsas que llevaba.

—Espero que estés teniendo un buen día.

—Sí.

—Eso es bueno.

Luego miró a David.

—Ya hablaremos más tarde.

Y se marchó.

Sarah esperó hasta que desapareció dentro de su casa.

Entonces preguntó:

—¿De qué hablaban?

—Nada importante.

—¿Seguro?

—Solo sobre el vecindario.

Sarah notó una pequeña vacilación en la voz de David.

Y eso la preocupó.

Aquella noche no logró dormir.

No porque temiera que alguien estuviera observándola.

Sino porque algo más estaba comenzando a suceder.

Arthur no estaba atacándola directamente.

No la amenazaba.

No discutía con ella.

Estaba haciendo algo mucho más sutil.

Estaba acercándose a David.

Poco a poco.

Conversación tras conversación.

Comentario tras comentario.

Como si estuviera construyendo una imagen.

Una versión de Sarah que no era real.

Y la sola idea la aterraba.

La semana siguiente trajo noticias inesperadas.

Sarah comenzó a sentirse extrañamente cansada.

También aparecieron mareos ocasionales.

Al principio creyó que era consecuencia del estrés.

Sin embargo, después de varios días decidió visitar a su médico.

David insistió en acompañarla.

La consulta fue breve.

Y cuando la doctora regresó con los resultados, una sonrisa iluminó su rostro.

—Felicidades.

Sarah parpadeó.

—¿Perdón?

—Está embarazada.

Durante unos segundos el mundo pareció detenerse.

Sarah miró a David.

David la miró a ella.

Y ambos comenzaron a sonreír.

Era una felicidad inmensa.

Pura.

Después de años soñando con formar una familia, finalmente estaban esperando un hijo.

Sarah sintió lágrimas en los ojos.

David tomó su mano.

—Gracias a Dios.

La emoción era tan grande que por un momento olvidaron todos los problemas.

Las cámaras.

Los Vance.

La disputa legal.

Todo desapareció.

Solo existía aquella noticia.

Aquella bendición.

Los días siguientes estuvieron llenos de alegría.

David comenzó a hablar de habitaciones para bebés.

Sarah buscó ideas para decorar.

Ambos imaginaban el futuro.

Era un tiempo hermoso.

Y precisamente por eso, lo que ocurrió después resultó tan inquietante.

Helen descubrió el embarazo.

Sarah no sabía cómo.

Ni cuándo.

Pero una mañana encontró a su vecina esperándola cerca del buzón.

—Sarah.

—Hola, Helen.

La mujer sonrió ampliamente.

—Escuché una maravillosa noticia.

Sarah sintió sorpresa.

—¿Qué noticia?

—Vas a ser madre.

Sarah quedó inmóvil.

Ella y David apenas habían contado la noticia a unos pocos familiares.

—¿Cómo lo sabe?

Helen pareció darse cuenta de que había hablado demasiado rápido.

—Oh... algunas personas comentan cosas.

La explicación sonó poco convincente.

Aun así, Sarah intentó ser educada.

—Sí. Estamos muy felices.

Los ojos de Helen brillaron de una forma extraña.

—Un bebé cambia toda una vida.

Sarah asintió.

—Eso esperamos.

Helen dio un paso más cerca.

—Será maravilloso escuchar nuevamente risas infantiles.

Aquella frase hizo que Sarah sintiera un escalofrío imposible de explicar.

Porque Helen no parecía estar hablando del futuro de Sarah.

Parecía hablar de algo que ella misma había perdido hacía mucho tiempo.

A partir de ese día, el comportamiento de Helen cambió.

Al principio fueron pequeños detalles.

Regalos inesperados.

Ropa para bebés.

Libros sobre maternidad.

Consejos constantes.

Todo parecía amable.

Pero la frecuencia comenzó a aumentar.

Demasiado.

Cada pocos días aparecía con algo nuevo.

—Pensé que esto podría servirte.

—Vi esto y recordé a tu futuro bebé.

—Cuando nazca, puedo ayudarte si necesitas descansar.

Sarah agradecía los gestos, pero cada vez se sentía más incómoda.

La atención de Helen era intensa.

Excesiva.

Y parecía crecer día tras día.

Una tarde, mientras organizaba algunos documentos en la sala, encontró algo extraño.

Entre las fotografías que había tomado de las cámaras de los Vance, descubrió un detalle que antes no había notado.

Amplió una de las imágenes.

Luego otra.

Y otra más.

Su corazón comenzó a acelerarse.

Una de las cámaras no apuntaba simplemente al jardín.

Tampoco a la entrada.

Estaba orientada directamente hacia la ventana del futuro cuarto del bebé.

Sarah permaneció inmóvil.

Mirando la pantalla.

Sintiendo cómo el miedo regresaba lentamente.

Más fuerte que antes.

Esa noche mostró las fotografías a David.

—Mira esto.

David observó las imágenes.

Su expresión cambió.

—No parece casualidad.

—Lo sé.

—Tal vez deberíamos hablar con un abogado.

—¿Por las cámaras?

—Por todo.

Sarah asintió.

Por primera vez, David parecía compartir plenamente sus preocupaciones.

Y eso la tranquilizó un poco.

Pero no completamente.

Porque una pregunta seguía rondando su mente.

¿Por qué Helen estaba tan interesada en su bebé?

Dos noches después, Sarah despertó de repente.

No sabía qué la había despertado.

La casa estaba completamente silenciosa.

Miró el reloj.

Las 2:17 de la madrugada.

Intentó volver a dormir.

Entonces escuchó algo.

Un sonido muy leve.

Procedente del jardín.

Se levantó cuidadosamente.

Se acercó a la ventana.

Y apartó apenas la cortina.

La luz de la luna iluminaba débilmente el exterior.

Al principio no vio nada.

Después distinguió una figura junto a la cerca.

Una mujer.

Inmóvil.

Observando la casa.

Observando específicamente la ventana que algún día sería la habitación de su hijo.

Sarah sintió que la sangre se helaba.

Porque incluso desde aquella distancia reconoció la silueta.

Era Helen.

Y durante varios segundos permaneció allí.

Completamente quieta.

Como si estuviera contemplando algo que deseaba profundamente.

Algo que no le pertenecía.

Finalmente se dio media vuelta y desapareció entre las sombras.

Sarah cerró la cortina de inmediato.

El corazón le golpeaba el pecho con fuerza.

Por primera vez desde que llegó a Oregón, comprendió que el verdadero peligro no estaba relacionado con la propiedad ni con las cámaras.

El centro de aquella obsesión era algo mucho más personal.

Mucho más aterrador.

Era su familia.

Y, de alguna manera que todavía no entendía, el bebé que crecía dentro de ella parecía haberse convertido en el nuevo objetivo de Helen Vance.

Capítulo 6 – Una noticia maravillosa

Durante los días posteriores al incidente en el jardín, Sarah intentó convencerse de que lo que había visto tenía una explicación razonable.

Tal vez Helen no estaba observando la futura habitación del bebé.

Tal vez simplemente había salido a caminar.

Tal vez el miedo estaba afectando su percepción.

Pero cada vez que intentaba encontrar una explicación lógica, recordaba la expresión de Helen cuando habló del embarazo.

Aquella mirada intensa.

Aquella emoción difícil de describir.

Y la inquietud regresaba.

El embarazo avanzaba con normalidad.

La doctora confirmó que tanto Sarah como el bebé gozaban de buena salud.

La noticia llenó de alegría a David.

—Todo va bien —dijo sonriendo mientras regresaban a casa.

—Gracias a Dios.

David tomó su mano.

—Nuestro hijo tendrá una vida hermosa aquí.

Sarah sonrió.

Deseaba creerlo.

Sin embargo, mientras la camioneta avanzaba por la calle principal del vecindario, observó algo que hizo desaparecer parte de aquella felicidad.

Helen estaba de pie frente a su casa.

Esperando.

Como si supiera exactamente cuándo regresarían.

Cuando estacionaron, Helen se acercó inmediatamente.

—¿Cómo fue la consulta?

Sarah sintió una punzada de sorpresa.

—Bien.

—¿Todo está bien con el bebé?

David respondió antes que ella.

—Sí, gracias.

Helen sonrió.

Pero no apartó la vista de Sarah.

—Me alegra mucho.

Demasiado.

Aquella alegría parecía más profunda de lo que debería ser para una simple vecina.

Esa noche Sarah comentó el asunto con David.

—¿No te pareció extraño?

—¿Qué cosa?

—Parecía saber que íbamos al médico.

David se encogió de hombros.

—Tal vez nos vio salir.

—La consulta era en otra ciudad.

—Sarah...

Ella suspiró.

Sabía que estaba empezando a sonar obsesionada.

Pero no podía ignorar las señales.

Porque cada vez aparecían más.

A la mañana siguiente encontró un paquete junto a la puerta principal.

No tenía remitente.

Dentro había una manta para bebé cuidadosamente doblada.

También una tarjeta.

La letra era elegante y precisa.

"Para el pequeño regalo que pronto llegará a este mundo."

Sarah sintió un escalofrío.

No había firma.

Pero sabía perfectamente quién la había enviado.

Horas más tarde vio a Helen trabajando en su jardín.

La mujer sonrió al verla.

—¿Recibiste el regalo?

Sarah intentó mantener la calma.

—Sí.

—Espero que te haya gustado.

—No era necesario.

—Para mí sí lo era.

Aquella respuesta resultó extraña.

Muy extraña.

Esa misma semana ocurrió algo todavía más inquietante.

Sarah regresaba de hacer compras cuando vio a Helen conversando con una mujer desconocida frente a la cerca.

Cuando la desconocida se marchó, Helen se acercó inmediatamente.

—Sarah.

—Hola.

Helen sonrió.

—¿Ya eligieron un nombre?

Sarah se quedó inmóvil.

—¿Un nombre?

—Para el bebé.

—Todavía no.

—Deberían elegir uno pronto.

La forma en que lo dijo hizo que Sarah sintiera una profunda incomodidad.

No era una conversación normal.

No parecía una simple curiosidad.

Sonaba como si Helen estuviera emocionalmente involucrada en algo que no le correspondía.

Aquella noche Sarah llamó a Clara.

Después de escuchar todo, su amiga guardó silencio durante varios segundos.

—Eso ya no me gusta nada.

—A mí tampoco.

—¿Le has contado todo a David?

—Sí.

—¿Y qué piensa?

—Que Helen está siendo demasiado insistente.

—¿Solo eso?

Sarah suspiró.

—Todavía cree que quizás estoy exagerando algunas cosas.

Clara permaneció pensativa.

—Entonces empieza a documentarlo todo.

—¿Todo?

—Notas. Fotografías. Fechas. Conversaciones.

Sarah observó las cámaras a través de la ventana.

—Tal vez tengas razón.

Siguiendo el consejo de Clara, comenzó un registro detallado.

Anotó cada interacción.

Cada regalo.

Cada comentario.

Cada vez que veía a Helen observando la casa.

Y fue entonces cuando descubrió algo inquietante.

Helen aparecía con demasiada frecuencia.

Casi siempre cuando David estaba ausente.

Casi siempre cuando Sarah estaba sola.

Aquello no parecía casualidad.

Tres días después, Arthur llamó inesperadamente a la puerta.

Era raro que él visitara la casa.

Normalmente era Helen quien se acercaba.

David lo invitó a pasar.

Sarah permaneció en la sala escuchando.

Al principio hablaron sobre la disputa de la propiedad.

Después Arthur cambió de tema.

—¿Cómo se encuentra Sarah?

David sonrió.

—Muy bien.

—El embarazo puede ser complicado.

—Por ahora todo marcha perfectamente.

Arthur asintió lentamente.

—Algunas mujeres manejan mejor el estrés que otras.

Sarah sintió que algo se tensaba dentro de ella.

David no respondió.

Arthur continuó:

—Mi esposa tuvo momentos difíciles cuando esperaba a nuestra hija.

La sala quedó en silencio.

Arthur rara vez hablaba de su hija.

—Helen sufría mucha ansiedad.

David asintió por cortesía.

—Es algo común.

Arthur observó brevemente a Sarah.

—Sí. A veces las preocupaciones pueden hacer que una persona vea amenazas donde no existen.

Sarah sintió un escalofrío.

Porque sabía exactamente a qué se refería.

No estaba hablando del embarazo.

Estaba hablando de ella.

De sus sospechas.

De las cámaras.

De Helen.

Arthur estaba sembrando otra semilla.

Pequeña.

Sutil.

Difícil de detectar.

Pero peligrosa.

Después de que Arthur se marchó, Sarah habló con David.

—¿Te diste cuenta?

—¿De qué?

—Estaba insinuando que estoy imaginando cosas.

David dudó.

—Quizás no era su intención.

—Claro que sí.

—Sarah...

—¿No lo ves?

David guardó silencio.

Y ese silencio dolió más de lo que ella esperaba.

Porque por primera vez vio una sombra de duda en sus ojos.

Una sombra muy pequeña.

Pero real.

Y eso era exactamente lo que Arthur quería.

Los días continuaron pasando.

La tensión crecía lentamente.

Como una tormenta que todavía se encontraba lejos, pero que avanzaba inevitablemente.

Entonces llegó el sábado.

Un día que Sarah nunca olvidaría.

Aquella tarde decidió ordenar algunas cajas almacenadas en el ático.

Buscaba espacio para futuros objetos del bebé.

Mientras revisaba viejos documentos de la casa, encontró algo inesperado.

Una carpeta olvidada por los antiguos propietarios.

Dentro había planos antiguos del terreno.

Fotografías.

Y varios documentos relacionados con reformas realizadas años atrás.

Nada parecía importante.

Hasta que vio una imagen.

Sarah la observó con atención.

Después volvió a mirarla.

Y sintió que el corazón comenzaba a acelerarse.

La fotografía mostraba la parte trasera de las propiedades.

La fecha indicaba que había sido tomada más de diez años atrás.

En ella aparecía la casa de los Vance.

Y también una niña.

Una niña de unos ocho o nueve años.

Sonriendo junto a Helen.

La hija.

La misma niña que había visto en la fotografía dentro de la casa vecina.

Sin embargo, no era eso lo que llamó su atención.

Lo inquietante era otra cosa.

La niña estaba parada exactamente en el lugar donde ahora se encontraba la futura habitación del bebé.

Sarah observó nuevamente la imagen.

Una sensación extraña recorrió su cuerpo.

Como si estuviera contemplando una pieza olvidada de un rompecabezas.

Una pieza cuyo significado aún no comprendía.

Guardó la fotografía.

Algo le decía que podría ser importante.

Muy importante.

Aquella noche, mientras se preparaba para dormir, escuchó un ruido proveniente del jardín.

No era fuerte.

Solo un leve crujido.

Se acercó cuidadosamente a la ventana.

Miró hacia afuera.

Y volvió a sentir cómo la sangre se helaba.

Helen estaba nuevamente allí.

De pie junto a la cerca.

Mirando hacia la casa.

Pero esta vez no observaba una ventana cualquiera.

Miraba directamente la habitación que Sarah y David habían elegido para su futuro hijo.

Y mientras permanecía inmóvil bajo la luz de la luna, Sarah comprendió algo aterrador.

Helen ya no estaba interesada solamente en ellos.

Su obsesión estaba creciendo.

Volviéndose más intensa.

Más personal.

Más peligrosa.

Y Sarah comenzaba a sospechar que todo aquello estaba relacionado con una tragedia del pasado que nadie en el vecindario quería mencionar.

Una tragedia que seguía viva en la mente de Helen Vance.

Y que, de alguna manera, parecía haber encontrado un nuevo objetivo.

Capítulo 7 – La sombra de la obsesión

La fotografía encontrada en el ático no abandonó la mente de Sarah durante los días siguientes.

La observó una y otra vez.

La niña sonriendo.

Helen a su lado.

Y aquel lugar exacto donde ambas estaban de pie.

Era imposible explicar por qué esa imagen le provocaba tanta inquietud, pero cada vez estaba más convencida de que el pasado de los Vance escondía algo importante.

Algo que podía explicar su comportamiento actual.

Algo relacionado con su hija.

El embarazo avanzaba favorablemente.

La doctora seguía confirmando que todo marchaba bien.

Sin embargo, el estrés comenzaba a afectar a Sarah.

Dormía menos.

Se sobresaltaba con facilidad.

Y cada vez le resultaba más difícil sentirse segura dentro de su propia casa.

David empezó a notarlo.

—Necesitas descansar más.

—Lo intento.

—Estás demasiado preocupada.

Sarah bajó la mirada.

—Porque algo no está bien.

David suspiró.

—Lo sé.

Aquella respuesta sorprendió a Sarah.

—¿Lo sabes?

David permaneció en silencio unos segundos.

—Arthur volvió a hablar conmigo.

—¿Cuándo?

—Ayer.

El corazón de Sarah comenzó a acelerarse.

—¿Y qué te dijo?

David parecía incómodo.

—Preguntó si estabas durmiendo bien.

—¿Qué?

—También dijo que parecías nerviosa últimamente.

Sarah sintió una mezcla de rabia y miedo.

—¿Ves? Te lo dije.

David asintió lentamente.

Por primera vez parecía realmente preocupado.

—Empiezo a pensar que tienes razón.

Dos días después ocurrió algo que confirmó los temores de Sarah.

Aquella mañana salió a recoger el correo.

Mientras revisaba el buzón encontró un sobre dirigido a ella.

No tenía remitente.

Su corazón se tensó inmediatamente.

Regresó al interior y lo abrió.

Dentro había una única fotografía.

Sarah sintió cómo la sangre desaparecía de su rostro.

Era una fotografía reciente.

Tomada desde cierta distancia.

La mostraba a ella misma trabajando en el jardín.

La imagen había sido capturada desde algún punto cercano.

Muy cercano.

Al reverso solo había una frase escrita con letras impresas:

"Las madres deben proteger lo que más aman."

Sarah dejó caer la fotografía.

Las manos le temblaban.

Alguien la estaba observando.

Y ahora tenía pruebas.

David regresó temprano cuando ella lo llamó.

Observó la fotografía durante largo rato.

Su expresión se volvió seria.

—Esto ya pasó todos los límites.

—Lo sé.

—Voy a hablar con la policía.

Sarah asintió.

Por primera vez no sintió alivio.

Solo miedo.

Porque quien había enviado aquella fotografía quería transmitir un mensaje.

Y lo estaba logrando.

El oficial que tomó la denuncia fue amable pero cauteloso.

Explicó que la fotografía era inquietante, aunque difícil de relacionar con un delito específico.

—¿Han tenido amenazas directas?

—No exactamente —respondió Sarah.

—¿Reconocen quién tomó la foto?

—No.

El oficial tomó algunas notas.

—Mantengan registros de todo.

Era el mismo consejo que Clara había dado.

Todo parecía reducirse a lo mismo.

Observar.

Esperar.

Documentar.

Mientras el miedo seguía creciendo.

Aquella misma semana Sarah decidió investigar más sobre la hija de los Vance.

Comenzó revisando archivos antiguos del periódico local en la biblioteca.

Pasó varias horas buscando.

Finalmente encontró una breve noticia de hacía muchos años.

La información era escasa.

Una niña llamada Isabel Vance había desaparecido durante varias horas cerca de un lago.

Fue encontrada sana y salva más tarde.

Sarah frunció el ceño.

Aquello no coincidía con lo que Martha había insinuado.

Siguió buscando.

Horas después encontró otra noticia.

Más reciente.

Y esta vez comprendió por qué nadie quería hablar del tema.

Isabel Vance había fallecido años después debido a una enfermedad grave.

La noticia era breve.

Respetuosa.

Sin detalles.

Sarah permaneció inmóvil observando la pantalla.

Ahora entendía parte del dolor que había visto en Helen.

Pero aún no explicaba la obsesión.

Cuando regresó a casa encontró algo extraño.

La puerta principal estaba cerrada.

Las ventanas también.

Todo parecía normal.

Hasta que entró en la futura habitación del bebé.

Entonces se detuvo.

Sobre el alféizar de la ventana había un pequeño osito de peluche.

Sarah sintió que el corazón dejaba de latir durante un segundo.

Ella no había puesto ese objeto allí.

David tampoco.

Estaba completamente segura.

Se acercó lentamente.

El juguete parecía antiguo.

Muy antiguo.

Llevaba una pequeña cinta rosa alrededor del cuello.

Y una etiqueta cosida a mano.

Sarah leyó el nombre bordado.

"Isabel".

Retrocedió horrorizada.

Cuando David llegó esa noche, encontró a Sarah sentada en la sala con el peluche frente a ella.

—¿Dónde estaba?

—En la habitación del bebé.

David observó el juguete.

Su expresión se endureció.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Las puertas estaban cerradas.

—Lo sé.

Ambos permanecieron en silencio.

La situación comenzaba a desafiar toda lógica.

¿Quién había dejado aquel objeto?

¿Cómo había llegado hasta allí?

Y, sobre todo, ¿por qué?

Aquella noche ninguno de los dos durmió bien.

A las tres de la madrugada Sarah despertó sobresaltada.

Escuchó algo.

Un sonido suave.

Como pasos sobre el césped.

Despertó a David.

—Escucha.

Ambos permanecieron inmóviles.

Entonces volvieron a oírlo.

David se levantó inmediatamente.

Miró por la ventana.

—No veo a nadie.

Pero cuando encendió la luz exterior del jardín, ambos se quedaron congelados.

Junto a la cerca había flores.

Docenas de flores blancas cuidadosamente colocadas formando un pequeño círculo.

Ninguno de ellos las había puesto allí.

A la mañana siguiente David salió al jardín.

Las flores seguían allí.

Sarah observó desde la ventana.

Entonces vio a Helen.

Estaba al otro lado de la cerca.

Mirando las flores.

Y sonriendo.

No era una sonrisa alegre.

Tampoco amistosa.

Era una sonrisa cargada de nostalgia.

Como si estuviera recordando algo.

O a alguien.

Horas más tarde Sarah decidió enfrentarla.

La encontró en su jardín.

—Helen.

La mujer levantó la vista.

—Buenos días, querida.

—¿Pusiste esas flores?

Helen observó la cerca.

—Son hermosas.

—¿Las pusiste tú?

Helen tardó unos segundos en responder.

—A Isabel le gustaban mucho.

Sarah sintió un escalofrío.

—Helen...

—Las flores blancas eran sus favoritas.

Aquella respuesta no contestaba la pregunta.

Y ambas lo sabían.

Durante los días siguientes, el comportamiento de Helen se volvió aún más inquietante.

Comenzó a hablar del bebé como si tuviera una conexión especial con él.

—Será un niño muy afortunado.

—Tendrá una habitación preciosa.

—Estará muy protegido aquí.

Cada comentario hacía que Sarah se sintiera más incómoda.

Más vulnerable.

Más observada.

Una tarde, mientras organizaba documentos relacionados con la disputa de la propiedad, encontró algo que cambió por completo su perspectiva.

Era un plano antiguo del vecindario.

Al examinarlo cuidadosamente descubrió algo sorprendente.

Muchos años atrás, antes de que las propiedades fueran divididas oficialmente, el terreno donde ahora se encontraba su casa había pertenecido a la familia Vance.

Sarah observó el documento varias veces.

No podía creerlo.

La casa donde vivía.

El jardín.

La futura habitación del bebé.

Todo aquello había formado parte de la antigua propiedad de los Vance.

Una sensación fría recorrió su espalda.

De repente, muchas cosas comenzaron a tener sentido.

La obsesión con la propiedad.

La disputa legal.

La vigilancia.

La atención constante.

Era como si Helen nunca hubiera aceptado perder aquel lugar.

Como si todavía lo considerara suyo.

Esa noche Sarah mostró el documento a David.

—Ahora entiendo parte del problema.

David observó el plano.

—Dios mío.

—¿Lo ves?

—Sí.

Por primera vez ambos llegaron a la misma conclusión.

Aquello no era una simple disputa vecinal.

Era algo mucho más profundo.

Mucho más emocional.

Mucho más peligroso.

Cuando cayó la noche, Sarah cerró todas las cortinas.

Comprobó cada cerradura.

Y aun así no logró sentirse segura.

Antes de acostarse se acercó por última vez a una ventana.

Miró hacia la casa vecina.

Y vio algo que la dejó paralizada.

Helen estaba sentada sola junto a una ventana iluminada.

Sostenía una fotografía en las manos.

Probablemente la de Isabel.

Durante varios segundos permaneció inmóvil.

Luego levantó lentamente la vista.

Directamente hacia la casa de Sarah.

Directamente hacia la habitación destinada al bebé.

Y aunque la distancia impedía distinguir claramente su rostro, Sarah sintió algo que la aterró más que cualquier nota o fotografía anónima.

Por primera vez no vio tristeza en Helen.

Vio determinación.

Una determinación silenciosa y peligrosa.

Como si hubiera tomado una decisión.

Y Sarah comprendió que la obsesión ya no estaba creciendo.

Había alcanzado un nuevo nivel.

Uno mucho más difícil de detener.

Capítulo 8 – Voces que nadie escucha

Después de descubrir que la casa donde vivían había pertenecido antiguamente a la familia Vance, Sarah comenzó a mirar todo con otros ojos.

Cada cámara.

Cada disputa.

Cada regalo.

Cada comentario sobre el bebé.

Todo parecía formar parte de una historia mucho más antigua que ellos.

Una historia que había comenzado mucho antes de que Sarah y David llegaran a Oregón.

Y, por primera vez, sintió que estaba acercándose a la verdad.

A la mañana siguiente decidió visitar nuevamente a Martha Collins.

La mujer que le había advertido meses atrás.

Después de varios minutos llamando a la puerta, Martha apareció.

Parecía nerviosa al verla.

—Sarah.

—Necesito hablar con usted.

Martha miró hacia la calle antes de responder.

—Pasa.

Dentro de la casa, Sarah fue directa.

—¿Qué ocurrió realmente con los Vance?

La mujer permaneció en silencio.

—Martha, por favor.

—No debería involucrarme.

—Mi familia está en peligro.

Aquellas palabras parecieron convencerla.

Martha suspiró profundamente.

—Helen nunca superó la muerte de Isabel.

Sarah guardó silencio.

—Después de perderla, cambió completamente.

—¿Cómo?

—Comenzó a aferrarse al pasado.

—¿Qué significa eso?

Martha bajó la mirada.

—La habitación de Isabel permaneció intacta durante años.

—¿Años?

—Sí.

Sarah sintió un escalofrío.

—¿Y Arthur?

—Intentó seguir adelante.

—¿Lo consiguió?

Martha negó lentamente.

—No.

Sarah regresó a casa con más preguntas que respuestas.

La información era inquietante, pero aún insuficiente.

Comprendía el dolor de unos padres que habían perdido a una hija.

Lo que no comprendía era por qué parecían tan obsesionados con ella y con su bebé.

Esa tarde recibió una llamada inesperada.

Era Daniel Romero, un abogado recomendado por un conocido de David.

Habían decidido consultar con él sobre la disputa de la propiedad y los problemas con los vecinos.

La reunión fue programada para el día siguiente.

Por primera vez en semanas, Sarah sintió una pequeña esperanza.

Quizás alguien finalmente los escucharía.

Al día siguiente, Daniel revisó cuidadosamente toda la documentación.

Las fotografías de las cámaras.

Las notas anónimas.

Los registros que Sarah había estado recopilando.

Cuando terminó, permaneció pensativo.

—La disputa por la propiedad parece débil.

—¿Qué significa eso? —preguntó David.

—Que probablemente no tengan fundamentos sólidos.

Sarah sintió alivio.

—¿Y las cámaras?

Daniel observó las imágenes.

—Esto sí me preocupa.

—¿Podemos hacer algo?

—Tal vez.

—¿Tal vez?

—Necesitamos más pruebas.

La respuesta fue razonable.

Pero también frustrante.

Otra vez la misma situación.

Más pruebas.

Más espera.

Más incertidumbre.

Esa noche Sarah recibió una llamada de Clara.

Después de escuchar las novedades, su amiga preguntó:

—¿Y cómo estás realmente?

Sarah tardó varios segundos en responder.

—Cansada.

—Lo imagino.

—Siento que nadie entiende lo que está pasando.

—Yo te creo.

Aquellas palabras estuvieron a punto de hacerla llorar.

Porque cada vez más personas parecían dudar de ella.

Incluso cuando intentaban ayudarla.

La situación empeoró pocos días después.

David regresó del trabajo con una expresión extraña.

—¿Qué ocurre?

David dejó las llaves sobre la mesa.

—Arthur me detuvo esta mañana.

Sarah sintió inmediatamente un nudo en el estómago.

—¿Qué quería?

—Hablar.

—¿Sobre qué?

David dudó.

—Sobre ti.

Sarah cerró los ojos.

Ya conocía la respuesta.

—¿Qué dijo esta vez?

—Que estaba preocupado.

—Claro.

—Sarah...

—¿Qué más?

David evitó su mirada.

—Dijo que últimamente pareces muy ansiosa.

Sarah sintió una oleada de frustración.

—Otra vez.

—No le hice caso.

—Pero lo escuchaste.

David permaneció en silencio.

Y ese silencio volvió a doler.

Porque Arthur estaba logrando exactamente lo que buscaba.

No necesitaba convencer completamente a David.

Solo necesitaba introducir pequeñas dudas.

Una tras otra.

Hasta que crecieran solas.

Aquella noche Sarah no pudo dormir.

Cerca de las dos de la madrugada decidió bajar a la cocina.

Necesitaba agua.

Necesitaba despejar la mente.

Cuando llegó al salón, algo llamó su atención.

Una luz.

Muy tenue.

Proveniente del jardín.

Se acercó lentamente a la ventana.

Y entonces vio algo que la dejó paralizada.

Helen estaba junto a la cerca.

Pero no estaba sola.

Llevaba una silla.

Y parecía estar observando fijamente la ventana de la futura habitación del bebé.

Como si estuviera esperando.

Como si pasara tiempo allí regularmente.

Sarah sintió que el miedo regresaba con toda su fuerza.

Aquello ya no podía explicarse como un simple comportamiento extraño.

Era obsesión.

Una obsesión real.

A la mañana siguiente tomó fotografías desde el segundo piso.

Necesitaba documentarlo todo.

Mientras observaba las imágenes, descubrió algo inesperado.

Junto a la silla había un pequeño objeto metálico.

Sarah amplió la fotografía.

Su corazón comenzó a acelerarse.

Parecía un viejo columpio infantil.

Pequeño.

Desgastado.

Instalado justo al otro lado de la cerca.

Como si alguien hubiera intentado recrear un rincón del pasado.

Un rincón relacionado con Isabel.

Aquella tarde decidió visitar nuevamente la biblioteca.

Quería encontrar más información.

Pasó horas revisando archivos.

Y finalmente descubrió algo que cambió por completo su percepción de los acontecimientos.

Muchos años atrás, antes de que Isabel enfermara, existía un pequeño jardín infantil en la parte del terreno que ahora pertenecía a la casa de Sarah.

Había sido construido por Arthur para su hija.

Las fotografías antiguas mostraban un columpio.

Flores blancas.

Y una pequeña casita de juegos.

Exactamente en la zona donde ahora se encontraba la futura habitación del bebé.

Sarah sintió un escalofrío.

Las flores.

El columpio.

La vigilancia constante.

Todo estaba conectado.

Helen no veía aquella propiedad como la casa de Sarah.

Veía los restos de la vida que había perdido.

Cuando regresó, encontró a David esperándola.

Parecía preocupado.

—¿Qué pasó?

—Recibí una llamada.

—¿De quién?

—De Arthur.

Sarah sintió cómo se tensaban todos los músculos de su cuerpo.

—¿Ahora qué quiere?

David parecía incómodo.

—Dice que está preocupado por ti.

Sarah no respondió.

—Dice que el embarazo puede estar afectándote emocionalmente.

Aquellas palabras fueron como una puñalada.

Porque exactamente eso era lo que Sarah temía.

Arthur estaba construyendo una narrativa.

Una historia en la que ella era una mujer embarazada y confundida.

Una historia en la que sus sospechas no eran reales.

Una historia que, poco a poco, comenzaba a extenderse.

Esa misma noche recibió una llamada inesperada de Martha.

La voz de la mujer sonaba nerviosa.

—Sarah.

—¿Qué ocurre?

—Necesito decirte algo.

—¿Qué pasa?

Martha guardó silencio unos segundos.

—Escuché a Helen hablando en la iglesia comunitaria hace unos días.

El corazón de Sarah comenzó a acelerarse.

—¿Y?

—Mencionó al bebé.

Sarah sintió un frío recorrerle la espalda.

—¿Qué dijo?

La respuesta tardó varios segundos en llegar.

Y cuando finalmente llegó, hizo que el miedo se transformara en verdadero terror.

—Dijo que algunas cosas que se pierden pueden regresar de formas inesperadas.

Sarah quedó inmóvil.

Sin poder hablar.

Sin poder respirar con normalidad.

Porque por primera vez empezaba a comprender algo aterrador.

Tal vez Helen no estaba viendo al futuro hijo de Sarah como un bebé cualquiera.

Tal vez estaba viendo algo completamente distinto.

Algo relacionado con el vacío que había dejado Isabel.

Y si esa sospecha era cierta, la situación era mucho más peligrosa de lo que Sarah había imaginado.

Mientras colgaba el teléfono, miró instintivamente hacia la ventana.

Hacia la casa de los Vance.

Y, al otro lado de la oscuridad, una pequeña luz roja volvió a parpadear.

Observando.

Esperando.

Como un ojo silencioso que nunca dejaba de vigilar.

Capítulo 9 – Secretos bajo la superficie

La llamada de Martha dejó a Sarah profundamente inquieta.

Durante toda la noche no pudo dejar de pensar en aquellas palabras.

"Algunas cosas que se pierden pueden regresar de formas inesperadas."

Quizá otra persona habría considerado aquella frase una simple expresión de dolor. Pero después de todo lo ocurrido, Sarah no podía verla de esa manera.

Las cámaras.

Los regalos.

Las flores.

El viejo peluche de Isabel.

La vigilancia constante.

Todo apuntaba hacia una misma dirección.

Helen estaba proyectando algo sobre su futuro hijo.

Algo que iba mucho más allá de una simple amistad entre vecinos.

A la mañana siguiente, Sarah decidió no quedarse de brazos cruzados.

Si quería proteger a su familia, necesitaba conocer toda la verdad.

No solo fragmentos.

No rumores.

La verdad completa.

Por eso volvió a la biblioteca.

Esta vez buscó archivos más antiguos.

Registros municipales.

Periódicos locales.

Documentos históricos sobre el vecindario.

Horas después encontró algo inesperado.

Una entrevista realizada muchos años atrás a Arthur Vance para un periódico local.

En aquel entonces era un profesor universitario muy respetado.

La entrevista hablaba de su familia.

De su esposa.

Y de su hija Isabel.

Sarah observó una fotografía incluida en el artículo.

La niña sonreía mientras sostenía un dibujo.

Pero fue el pie de foto lo que llamó su atención.

"La pequeña Isabel sueña con ser arquitecta y construir la casa perfecta para su familia."

Sarah permaneció inmóvil.

La casa perfecta.

Aquellas palabras despertaron algo en su memoria.

Recordó la forma en que Helen observaba la propiedad.

La habitación del bebé.

El jardín.

Como si todo aquello significara algo especial.

Continuó investigando.

Y entonces encontró un segundo artículo.

Mucho más antiguo.

Más breve.

Más inquietante.

Años antes de la muerte de Isabel, los Vance habían presentado varios proyectos para ampliar su propiedad.

Entre ellos aparecía algo curioso.

Una habitación infantil diseñada especialmente para la niña.

Según los planos, esa habitación estaba situada exactamente donde ahora se encontraba el dormitorio que Sarah y David habían preparado para su futuro hijo.

Sarah sintió un escalofrío.

Aquello no podía ser una coincidencia.

Esa tarde regresó a casa con una carpeta llena de copias.

David la esperaba.

—¿Encontraste algo?

Sarah le mostró los documentos.

David los examinó cuidadosamente.

—Dios mío.

—Ahora entiendes por qué estoy preocupada.

—Sí.

David guardó silencio durante varios segundos.

—Creo que Helen está reviviendo su pasado.

Sarah asintió lentamente.

—Y nuestro bebé forma parte de eso.

Por primera vez, David parecía compartir plenamente sus temores.

Eso le dio cierta tranquilidad.

Pero también confirmó algo peor.

Si incluso David comenzaba a ver el peligro, significaba que la situación era realmente grave.

Esa misma noche recibieron una visita inesperada.

Era Daniel Romero.

El abogado.

Llevaba una expresión seria.

—Necesitamos hablar.

Sarah y David intercambiaron una mirada.

Lo invitaron a pasar.

Daniel abrió una carpeta.

—He revisado más documentos sobre la disputa de la propiedad.

—¿Y?

—Los Vance saben perfectamente que no tienen razón.

David frunció el ceño.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Entonces, ¿por qué siguen insistiendo?

Daniel permaneció pensativo.

—Eso es lo extraño.

Sarah sintió un escalofrío.

Porque ya conocía la respuesta.

No se trataba del terreno.

Nunca se había tratado del terreno.

Era algo mucho más personal.

Mucho más emocional.

Después de que Daniel se marchó, Sarah salió al porche para tomar aire.

El sol comenzaba a ocultarse entre los árboles.

Por un instante el vecindario parecía tranquilo.

Normal.

Pero aquella ilusión duró poco.

Porque vio a Helen.

Estaba de pie junto a una ventana de su casa.

Observándola.

Nuevamente.

Como si hubiera estado esperando.

Sarah sintió una profunda incomodidad.

Y entonces ocurrió algo inesperado.

Helen levantó lentamente una fotografía.

La sostuvo contra el cristal.

Sarah no podía verla con claridad desde aquella distancia.

Pero sabía exactamente de quién era.

De Isabel.

Aquella noche, poco antes de dormir, Sarah recibió un mensaje de Martha.

"Creo que deberías hablar con el pastor Miguel."

Sarah frunció el ceño.

No entendía el motivo.

Aun así respondió.

"¿Por qué?"

La respuesta llegó minutos después.

"Porque conoce a los Vance mejor que nadie."

Al día siguiente Sarah visitó la pequeña iglesia comunitaria del vecindario.

Era un edificio sencillo y acogedor.

El pastor Miguel Herrera la recibió cordialmente.

Después de conversar unos minutos, Sarah decidió hablar con sinceridad.

Le contó todo.

Las cámaras.

Las notas.

Los regalos.

La obsesión de Helen.

El pastor escuchó atentamente.

Cuando terminó, permaneció en silencio durante varios segundos.

—Helen sufrió mucho.

—Lo sé.

—Más de lo que la mayoría imagina.

Sarah esperó.

—Después de perder a Isabel, nunca volvió a ser la misma persona.

—¿Por qué?

Miguel bajó la mirada.

—Porque Isabel era el centro de su mundo.

Aquellas palabras parecían simples.

Pero la tristeza en su voz les daba un peso enorme.

—¿Arthur la ayudó?

—Lo intentó.

—¿Y funcionó?

El pastor negó lentamente.

—Algunas heridas no sanan fácilmente.

Antes de marcharse, Sarah hizo una última pregunta.

—¿Cree que Helen podría hacer daño a alguien?

Miguel permaneció inmóvil.

Aquella pausa fue suficiente para preocuparla.

Finalmente respondió:

—Creo que Helen está atrapada en su dolor.

—Eso no responde mi pregunta.

El pastor la miró directamente.

—El dolor puede llevar a las personas a cometer errores muy graves.

Sarah sintió un escalofrío.

Aquella era la respuesta más cercana a una advertencia que había recibido hasta el momento.

Cuando regresó a casa, encontró algo extraño.

La puerta principal estaba cerrada.

Todo parecía normal.

Hasta que llegó a la futura habitación del bebé.

Entonces vio algo que la dejó paralizada.

Sobre la cómoda había una caja.

Pequeña.

Blanca.

Con una cinta azul.

Sarah sintió cómo el corazón comenzaba a golpearle el pecho.

Estaba segura de que aquella caja no estaba allí cuando salió.

Completamente segura.

Llamó inmediatamente a David.

—No la abras sola —dijo él.

Pero Sarah ya estaba demasiado nerviosa.

Con manos temblorosas retiró la cinta.

Abrió la tapa.

Y encontró varios objetos cuidadosamente colocados en el interior.

Un sonajero antiguo.

Un pequeño par de zapatos infantiles.

Y una fotografía.

La fotografía mostraba a una niña.

Isabel.

Sonriendo.

En el reverso había una frase escrita a mano.

"Algunas habitaciones nunca olvidan a quienes las amaron primero."

Sarah sintió que el aire desaparecía de sus pulmones.

Aquello ya no era una insinuación.

Era un mensaje.

Directo.

Personal.

Perturbador.

Cuando David llegó, llamó inmediatamente a la policía.

Esta vez los agentes parecieron más preocupados.

Tomaron fotografías.

Recogieron la caja.

Registraron la denuncia.

Sin embargo, seguían sin tener pruebas concluyentes.

No podían demostrar quién había dejado aquellos objetos.

Y eso era precisamente lo que aterraba a Sarah.

Alguien estaba entrando en su vida.

Cada vez más cerca.

Y seguía siendo invisible.

Esa noche llovió intensamente.

El viento golpeaba las ventanas mientras Sarah permanecía despierta.

No conseguía dormir.

Sentía que algo estaba cambiando.

Que la situación avanzaba hacia un punto peligroso.

Cerca de la medianoche decidió mirar por la ventana.

Y entonces vio algo que hizo que el miedo se transformara en auténtico terror.

En medio de la lluvia, junto a la cerca, había una figura.

Inmóvil.

Observando la casa.

No era Arthur.

Era Helen.

Sostenía algo contra su pecho.

Algo que parecía una fotografía.

O un retrato.

Y mientras permanecía bajo la tormenta, mirando directamente hacia la habitación destinada al bebé, Sarah comprendió algo aterrador.

Helen ya no estaba aferrándose solamente al pasado.

Estaba intentando traerlo de vuelta.

Y esa obsesión se estaba volviendo cada vez más peligrosa.

Capítulo 10 – La trampa silenciosa

La imagen de Helen bajo la lluvia permaneció grabada en la mente de Sarah durante días.

No podía olvidar aquella escena.

La mujer inmóvil.

Empapada por la tormenta.

Sosteniendo una fotografía contra su pecho.

Observando la habitación del bebé.

Era una imagen que parecía salida de una pesadilla.

Y, sin embargo, era real.

Cada vez más real.

Los agentes de policía continuaban investigando la aparición de la caja en la habitación del bebé.

Sin embargo, los avances eran mínimos.

No había huellas útiles.

No había grabaciones concluyentes.

No había testigos.

Era como si quien estuviera detrás de todo aquello supiera exactamente cómo actuar sin dejar rastros.

Y eso era lo que más preocupaba a Sarah.

Porque cada nuevo incidente parecía cuidadosamente calculado.

David comenzó a tomar más precauciones.

Instaló cámaras alrededor de toda la propiedad.

Cambió cerraduras.

Revisó ventanas.

Incluso colocó luces con sensores de movimiento en el jardín.

Durante unos días, aquello ayudó a Sarah a sentirse más segura.

Pero la tranquilidad duró poco.

Una mañana recibió una llamada de Daniel Romero.

Su voz sonaba seria.

—Necesito que vengan a mi oficina.

—¿Ha ocurrido algo?

—Sí.

Sarah sintió que el corazón comenzaba a acelerarse.

—¿Qué sucede?

—Prefiero explicarlo en persona.

Una hora después, Sarah y David estaban sentados frente al abogado.

Daniel colocó varios documentos sobre la mesa.

—Alguien presentó una declaración formal sobre ti.

Sarah frunció el ceño.

—¿Sobre mí?

—Sí.

—¿Quién?

Daniel respiró profundamente.

—Arthur Vance.

La habitación quedó en silencio.

Sarah sintió un frío recorrerle el cuerpo.

—¿Qué dijo?

Daniel parecía incómodo.

—Afirmó que estás sufriendo episodios de paranoia relacionados con el embarazo.

David se incorporó inmediatamente.

—Eso es absurdo.

—Lo sé.

Sarah permaneció inmóvil.

Como si acabara de comprender algo importante.

Algo terrible.

Arthur no estaba actuando impulsivamente.

No estaba reaccionando emocionalmente.

Estaba construyendo una estrategia.

Una trampa.

Lenta.

Paciente.

Silenciosa.

Daniel continuó explicando.

—No es una denuncia criminal.

—Entonces, ¿qué es?

—Una declaración preventiva.

—¿Preventiva?

—Básicamente está dejando constancia escrita de que cree que estás atravesando problemas emocionales.

Sarah sintió que el estómago se cerraba.

—Está intentando desacreditarme.

—Exactamente.

David golpeó suavemente la mesa.

—Esto es increíble.

Pero Sarah ya no estaba sorprendida.

Porque todo comenzaba a encajar.

Las conversaciones con David.

Los comentarios sobre el estrés.

Las insinuaciones sobre su salud mental.

Arthur había estado preparando el terreno durante meses.

Aquella noche Sarah no pudo dejar de pensar en ello.

Por primera vez comprendió que las cámaras, los regalos y las notas quizá no eran el único peligro.

Había otro más grande.

Más sofisticado.

Arthur.

Mientras Helen actuaba movida por la obsesión y el dolor, Arthur parecía estar ejecutando un plan.

Un plan destinado a convertir a Sarah en una persona poco fiable ante los demás.

Dos días después ocurrió algo que confirmó sus sospechas.

Sarah acudió a una cita médica rutinaria.

Todo salió bien.

El bebé estaba sano.

Sin embargo, cuando la consulta terminó, la doctora pareció dudar.

—¿Todo va bien en casa?

Sarah la observó sorprendida.

—Sí.

—¿Estás segura?

—Claro.

La doctora revisó unos documentos.

—Solo quería comprobarlo.

—¿Por qué?

La mujer pareció arrepentirse de haber hablado.

—Recibimos una llamada preocupada sobre tu bienestar emocional.

Sarah sintió cómo el corazón se detenía durante un instante.

—¿Una llamada?

—Sí.

—¿Quién llamó?

—No puedo compartir esa información.

Pero Sarah ya conocía la respuesta.

No necesitaba escuchar el nombre.

Aquella noche regresó a casa más alterada que nunca.

David escuchó todo con atención.

Su expresión se volvió sombría.

—Esto ya es demasiado.

—Arthur está intentando aislarme.

—Lo sé.

—Quiere que nadie me crea.

David asintió lentamente.

Y por primera vez desde que comenzó aquella pesadilla, parecía tan preocupado como ella.

Los días siguientes estuvieron marcados por una tensión constante.

Sarah comenzó a notar miradas extrañas de algunos vecinos.

Conversaciones que se detenían cuando ella aparecía.

Susurros.

Silencios incómodos.

No sabía cuánto era real y cuánto era producto de su ansiedad.

Pero algo estaba cambiando.

Podía sentirlo.

Arthur estaba hablando con personas.

Difundiendo dudas.

Construyendo una imagen.

Y poco a poco aquella imagen comenzaba a extenderse.

Una tarde, mientras organizaba documentos en el despacho, David encontró algo inesperado.

Era un antiguo plano de la propiedad que habían recibido junto con otros papeles de la compra.

Lo examinó cuidadosamente.

Luego llamó inmediatamente a Sarah.

—Mira esto.

Sarah observó el documento.

Al principio no entendió qué estaba viendo.

Después lo comprendió.

Y sintió un escalofrío.

Años atrás existía un pequeño sendero privado que conectaba directamente ambas propiedades.

La casa actual de Sarah.

Y la de los Vance.

El paso había sido cerrado décadas atrás.

Pero según los planos, todavía existía físicamente.

Solo estaba oculto por vegetación.

Esa misma tarde decidieron inspeccionar la zona.

La encontraron detrás de varios arbustos.

Prácticamente invisible.

Sin embargo, seguía allí.

Un estrecho pasillo de tierra entre los árboles.

Un camino olvidado.

Un camino que permitía acceder fácilmente a ambas propiedades sin ser visto desde la calle.

Sarah sintió que el miedo regresaba con fuerza.

Porque ahora comprendía cómo habían aparecido algunos objetos.

Cómo alguien podía acercarse sin llamar la atención.

Cómo la caja había llegado a la habitación del bebé.

Esa noche llamaron inmediatamente a la policía.

Los agentes inspeccionaron el lugar.

Tomaron fotografías.

Y prometieron reforzar la vigilancia.

Pero para Sarah aquello ya no era suficiente.

Porque el descubrimiento del sendero confirmaba algo mucho peor.

Alguien había estado utilizando aquel acceso.

Y probablemente durante mucho tiempo.

Poco después de medianoche ocurrió algo inesperado.

Una de las nuevas cámaras instaladas por David envió una alerta.

Movimiento detectado.

David despertó inmediatamente.

Sarah también.

Ambos observaron la pantalla.

Y sintieron que la sangre se les helaba.

La cámara mostraba una figura caminando por el antiguo sendero oculto.

Lentamente.

En dirección a la casa.

David llamó a la policía mientras seguía observando.

La figura avanzó unos metros más.

Luego desapareció entre los árboles.

Los agentes llegaron pocos minutos después.

Buscaron durante casi una hora.

No encontraron a nadie.

Pero sí encontraron algo.

Junto al sendero.

Un pequeño marco de fotografía.

Dentro había una imagen antigua de Isabel.

La misma fotografía que Helen parecía llevar consigo constantemente.

Cuando Sarah la vio, sintió que el miedo se mezclaba con una certeza aterradora.

Aquello ya no era casualidad.

No era un simple duelo.

No era una vecina entrometida.

Era una obsesión.

Una obsesión que estaba creciendo.

Y que comenzaba a romper la frontera entre el recuerdo y la realidad.

Antes de amanecer, Sarah se acercó a una ventana.

Miró hacia la casa de los Vance.

Todo parecía oscuro.

Silencioso.

Normal.

Hasta que una luz se encendió en el segundo piso.

Una silueta apareció tras el cristal.

Helen.

La mujer permaneció inmóvil.

Observando la casa.

Observando la habitación del bebé.

Y aunque la distancia impedía distinguir su expresión, Sarah sintió algo que la llenó de terror.

Por primera vez ya no veía únicamente tristeza en Helen.

Tampoco nostalgia.

Lo que vio fue esperanza.

Una esperanza equivocada.

Peligrosa.

Como si creyera que algo que había perdido hacía muchos años estaba a punto de regresar.

Y Sarah comprendió que la verdadera confrontación estaba cada vez más cerca.

Porque algunas obsesiones no terminan cuando se descubre la verdad.

Algunas obsesiones se vuelven más peligrosas cuando esa verdad sale a la luz.

Capítulo 11 – La noche de la verdad

Las semanas siguientes fueron las más difíciles desde que Sarah y David llegaron a Oregón.

La policía aumentó la vigilancia en la zona después del descubrimiento del sendero oculto, pero aquello no eliminó el miedo.

Al contrario.

Ahora sabían que alguien había estado acercándose a su propiedad sin ser visto.

Y cada vez resultaba más evidente que todo conducía a la misma familia.

Los Vance.

El embarazo de Sarah entró en sus últimas etapas.

La llegada del bebé estaba cada vez más cerca.

Lo que debería haber sido un período de alegría y tranquilidad se había convertido en una lucha constante contra la ansiedad.

David hizo todo lo posible para protegerla.

Trabajaba desde casa siempre que podía.

Revisaba las cámaras varias veces al día.

Evitaba dejarla sola.

Pero Sarah sabía que el problema seguía allí.

Observándolos desde la casa vecina.

Esperando.

Una tarde recibieron una llamada inesperada del pastor Miguel Herrera.

Su voz sonaba preocupada.

—Necesito verlos.

—¿Ocurrió algo? —preguntó David.

—Sí.

—¿Tiene que ver con los Vance?

Hubo un breve silencio.

—Sí.

Una hora después estaban sentados en la oficina de la iglesia.

Miguel parecía más serio que nunca.

—Helen vino a verme esta mañana.

Sarah sintió cómo se tensaba todo su cuerpo.

—¿Qué quería?

—Hablar.

—¿Sobre qué?

El pastor bajó la mirada.

—Sobre Isabel.

Aquello no era nuevo.

Helen hablaba constantemente de su hija.

Pero algo en el tono de Miguel resultaba inquietante.

—¿Qué dijo exactamente? —preguntó Sarah.

Miguel tardó varios segundos en responder.

—Dijo que pronto tendría la oportunidad de corregir un error del pasado.

El silencio cayó sobre la habitación.

David frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé.

Pero Sarah sí tenía una sospecha.

Y esa sospecha la aterró.

Aquella noche David decidió revisar nuevamente todas las grabaciones de las cámaras.

Horas de video.

Días completos.

Una tarea agotadora.

Sin embargo, cerca de la medianoche encontró algo.

—Sarah.

Ella se acercó rápidamente.

—¿Qué pasa?

David señaló la pantalla.

La grabación mostraba el jardín trasero de los Vance.

La imagen era oscura.

Pero lo suficientemente clara.

Helen aparecía varias veces durante la madrugada.

Siempre en el mismo lugar.

Siempre observando la habitación del bebé.

Y en una de las grabaciones sostenía claramente una fotografía.

La fotografía de Isabel.

Sarah sintió un profundo escalofrío.

Porque ya no era una impresión.

Era una evidencia.

A la mañana siguiente Daniel Romero llamó con noticias importantes.

—La disputa de la propiedad ha terminado.

—¿Qué?

—La oficina municipal rechazó definitivamente la reclamación de los Vance.

David sonrió por primera vez en días.

—Gracias a Dios.

Pero Sarah no compartió completamente aquella alegría.

Porque comprendía algo que los demás todavía no veían.

La propiedad nunca había sido el verdadero objetivo.

Aquella misma tarde ocurrió algo inesperado.

Arthur apareció frente a la puerta.

Solo.

Sin Helen.

David abrió.

Arthur parecía agotado.

Más viejo.

Más cansado.

Durante varios segundos permaneció en silencio.

Finalmente habló.

—Necesitamos conversar.

Se sentaron en el salón.

Sarah permaneció alerta.

Arthur parecía diferente.

Como si estuviera cargando un peso enorme.

—Sé que me consideran responsable de muchas cosas.

David no respondió.

Arthur suspiró.

—Y probablemente tengan razones para ello.

Sarah sintió que el corazón comenzaba a acelerarse.

—¿Qué quiere decir?

Arthur cerró los ojos unos segundos.

—Helen necesita ayuda.

Aquellas palabras sorprendieron a todos.

—¿Ayuda? —preguntó Sarah.

—Nunca superó la muerte de Isabel.

—Eso ya lo sabemos.

Arthur asintió lentamente.

—Pero no saben hasta qué punto.

Por primera vez desde que comenzó toda aquella pesadilla, Arthur habló con sinceridad.

Contó cómo la pérdida de Isabel había destruido a su esposa.

Cómo había conservado juguetes.

Ropa.

Fotografías.

Cómo había pasado años viviendo entre recuerdos.

Cómo se negaba a aceptar que su hija ya no estaba.

Sarah escuchaba en silencio.

Una parte de ella sentía compasión.

Otra seguía teniendo miedo.

Entonces Arthur dijo algo que cambió todo.

—Cuando supo que estabas embarazada, algo despertó nuevamente.

Sarah sintió que el estómago se cerraba.

—¿Qué quiere decir?

Arthur bajó la mirada.

—Comenzó a convencerse de que Dios le estaba dando una segunda oportunidad para sanar su dolor.

David permaneció inmóvil.

—Eso no tiene sentido.

—Lo sé.

—¿Y usted no hizo nada?

El hombre parecía devastado.

—Lo intenté.

Y por primera vez Sarah creyó que estaba diciendo la verdad.

Sin embargo, antes de marcharse, Arthur añadió algo que la llenó de terror.

—Esta noche no la dejen sola.

El silencio fue inmediato.

David se incorporó.

—¿Por qué?

Arthur parecía luchar consigo mismo.

—Porque creo que Helen va a intentar ver al bebé.

Sarah sintió que el corazón se detenía.

—El bebé aún no ha nacido.

Arthur levantó lentamente la vista.

Y las siguientes palabras hicieron que el miedo se transformara en auténtico terror.

—Ella ya no distingue claramente entre los recuerdos y la realidad.

Aquella noche nadie durmió.

David permaneció despierto.

Sarah también.

Las luces exteriores permanecieron encendidas.

Las cámaras activas.

Los teléfonos preparados.

Todo parecía tranquilo.

Demasiado tranquilo.

Poco después de las dos de la madrugada sonó una alerta.

Movimiento detectado.

David tomó inmediatamente el teléfono.

La imagen apareció en la pantalla.

Y Sarah sintió que la sangre se congelaba.

Una figura avanzaba por el antiguo sendero.

Lentamente.

Directamente hacia la casa.

Era Helen.

David llamó a la policía mientras observaban la transmisión.

Helen continuó avanzando.

No parecía agresiva.

No parecía apresurada.

Simplemente caminaba.

Como alguien que se dirige a un lugar familiar.

Como alguien que cree pertenecer allí.

Segundos después apareció frente a la ventana de la futura habitación del bebé.

Y permaneció inmóvil.

Observando.

Sosteniendo la fotografía de Isabel contra su pecho.

Las lágrimas corrían por su rostro.

Incluso a través de la cámara podían verlo.

Sarah sintió una profunda mezcla de miedo y tristeza.

Porque comprendió algo terrible.

Helen no veía aquella habitación como la habitación de un bebé que estaba por nacer.

Veía la habitación que había perdido muchos años atrás.

Minutos después llegaron los agentes.

Helen no opuso resistencia.

Ni siquiera intentó escapar.

Simplemente permaneció inmóvil.

Mirando la ventana.

Como si estuviera despidiéndose de alguien.

O de algo.

Cuando finalmente la policía la acompañó hacia el vehículo, Helen levantó la vista.

Por un instante sus ojos se encontraron con los de Sarah.

Y en aquella mirada no había odio.

No había maldad.

Solo un dolor inmenso.

Un dolor que llevaba demasiados años creciendo en silencio.

Antes de que la puerta del vehículo se cerrara, Helen dijo algo.

Una frase tan baja que apenas pudo escucharse.

—Lo siento, Isabel.

Sarah sintió un nudo en la garganta.

Porque comprendió que aquellas palabras nunca habían sido dirigidas a ella.

Siempre habían sido para su hija.

La patrulla desapareció calle abajo.

El vecindario volvió a quedar en silencio.

Pero Sarah sabía que aquella noche había cambiado algo para siempre.

La verdad finalmente había salido a la luz.

Y aunque el peligro inmediato parecía haber terminado, aún quedaban consecuencias por enfrentar.

Consecuencias que marcarían el destino de todos los involucrados.

Y que conducirían al capítulo final de aquella oscura historia.

Capítulo 12 – Una madre contra el miedo

El amanecer después de aquella larga noche llegó envuelto en una calma extraña.

Por primera vez en muchos meses, Sarah no sintió la necesidad de mirar constantemente por las ventanas.

No vio cámaras observándola.

No encontró notas misteriosas.

No sintió aquella presencia silenciosa al otro lado de la cerca.

Sin embargo, la tranquilidad no llegó de inmediato.

El miedo había vivido demasiado tiempo dentro de ella.

Y las heridas emocionales no desaparecen en una sola noche.

Los días siguientes trajeron muchas preguntas.

Helen fue trasladada temporalmente a un centro especializado donde recibiría ayuda profesional y acompañamiento emocional.

Arthur cooperó con las autoridades.

La investigación confirmó que la mayoría de los incidentes estaban relacionados con la obsesión que Helen había desarrollado a raíz de su dolor no resuelto.

Algunas acciones habían sido realizadas por ella.

Otras por Arthur, quien durante mucho tiempo había intentado protegerla de las consecuencias de sus propios actos, tomando decisiones equivocadas y ocultando situaciones que debieron afrontarse mucho antes.

Una tarde, mientras observaban la lluvia caer desde la sala, David tomó la mano de Sarah.

—Lo logramos.

Sarah sonrió suavemente.

—Todavía me cuesta creerlo.

—A mí también.

Durante meses habían vivido bajo una presión constante.

Ahora el silencio de la casa parecía diferente.

Más ligero.

Más cálido.

Más seguro.

Daniel Romero también trajo buenas noticias.

La disputa de la propiedad quedó completamente cerrada.

Todos los reclamos fueron retirados oficialmente.

No existía ninguna amenaza legal pendiente.

Por primera vez desde que llegaron a Oregón, la casa les pertenecía sin sombras ni conflictos.

Sin embargo, aún quedaba una conversación pendiente.

Arthur solicitó reunirse con ellos una última vez.

Sarah dudó.

David también.

Pero finalmente aceptaron.

La reunión ocurrió en una pequeña cafetería del pueblo.

Arthur parecía muy distinto al hombre que habían conocido meses atrás.

Su cabello lucía más canoso.

Su rostro más cansado.

Sus ojos reflejaban años de sufrimiento acumulado.

Después de unos segundos de silencio, habló.

—Quiero pedirles perdón.

Sarah no respondió.

Arthur continuó.

—Nada de lo que diga cambiará lo ocurrido.

—No.

—Pero necesitaban escuchar la verdad.

David permaneció atento.

Arthur bajó la mirada.

—Perdimos a nuestra hija hace muchos años.

—Lo sabemos.

—Y después de eso, cometí un error.

Sarah esperó.

—Creí que podía proteger a Helen ocultando el problema.

Su voz comenzó a quebrarse.

—Pensé que el tiempo solucionaría las cosas.

Pero el tiempo no lo hizo.

Al contrario.

El dolor creció.

Se transformó.

Y terminó destruyendo todo lo que quedaba.

Durante varios minutos hablaron sobre Isabel.

Sobre su enfermedad.

Sobre el sufrimiento de la familia.

Sobre los años de duelo.

Sarah escuchó atentamente.

Por primera vez entendió completamente la tragedia que había marcado la vida de los Vance.

Eso no justificaba lo sucedido.

Pero ayudaba a comprenderlo.

Antes de despedirse, Arthur entregó una pequeña caja.

—Esto les pertenece.

Sarah la abrió lentamente.

Dentro encontró varias fotografías antiguas de la propiedad.

También había una carta.

Arthur explicó:

—Son documentos históricos de la casa.

Pensé que debían tenerlos.

Sarah observó las imágenes.

Había fotografías del jardín.

De los árboles.

De la antigua propiedad.

Y también de una pequeña Isabel jugando muchos años atrás.

Por primera vez, aquella imagen ya no le produjo miedo.

Solo tristeza.

Una tristeza profunda por una familia que nunca logró recuperarse de su pérdida.

Aquella misma noche Sarah guardó la caja en un armario.

Cerró la puerta.

Y decidió dejar el pasado donde pertenecía.

En el pasado.

Las semanas continuaron avanzando.

El embarazo llegó a sus últimas etapas.

La casa comenzó a llenarse de preparativos.

Ropa de bebé.

Libros.

Pequeños juguetes.

Sonrisas.

Esperanza.

Todo aquello que el miedo les había impedido disfrutar durante tanto tiempo.

Una tarde Clara llegó de visita.

Mientras caminaban por el jardín, observó a Sarah y sonrió.

—Te ves diferente.

—¿Para bien o para mal?

—Para bien.

Sarah rió.

—Eso espero.

Clara miró alrededor.

—Parece otro lugar.

Y era cierto.

Los mismos árboles.

La misma casa.

Las mismas calles.

Pero ahora el ambiente era completamente distinto.

Porque el miedo ya no dominaba cada rincón.

Pocas semanas después llegó el día esperado.

La madrugada comenzó tranquila.

Pero antes del amanecer Sarah despertó con las primeras contracciones.

David reaccionó inmediatamente.

Horas más tarde estaban en el hospital.

La emoción era inmensa.

El nerviosismo también.

Y después de largas horas de espera, finalmente escucharon el sonido más hermoso que habían oído en toda su vida.

El llanto de su hijo.

Las lágrimas aparecieron en los ojos de Sarah.

También en los de David.

El pequeño estaba sano.

Fuerte.

Y perfectamente bien.

David tomó la mano de su esposa.

—Gracias a Dios.

Sarah sonrió mientras observaba al bebé.

Todas las noches de miedo.

Todas las dudas.

Toda la angustia.

Todo parecía quedar atrás en aquel instante.

Dos días después regresaron a casa.

La misma casa que meses atrás había parecido una prisión.

Ahora se sentía como un verdadero hogar.

Un hogar lleno de vida.

De esperanza.

Y de nuevos comienzos.

Aquella noche, mientras sostenía a su hijo dormido entre sus brazos, Sarah observó la luz de la luna filtrándose entre los pinos.

El vecindario permanecía en silencio.

Tranquilo.

Seguro.

Por primera vez desde que llegaron a Oregón, no sintió miedo.

Solo gratitud.

Porque había descubierto algo importante.

El amor de una madre puede ser puesto a prueba por el miedo.

Puede ser desafiado por la incertidumbre.

Puede atravesar noches oscuras y momentos difíciles.

Pero cuando nace del deseo sincero de proteger a quienes ama, siempre encuentra la fuerza necesaria para seguir adelante.

Sarah besó suavemente la frente de su hijo.

Y mientras lo veía dormir, comprendió que el capítulo más importante de su vida no había terminado.

En realidad, acababa de comenzar.

Epílogo – Después de la tormenta

Seis meses después.

El invierno había llegado a Oregón.

Los altos pinos que rodeaban la casa de los Martínez permanecían cubiertos por una ligera capa de nieve, y el vecindario parecía más tranquilo que nunca.

Sarah observaba por la ventana mientras sostenía a su hijo en brazos.

El pequeño Daniel dormía plácidamente.

Su respiración suave llenaba la habitación de una paz que durante mucho tiempo había parecido imposible.

La vida había cambiado por completo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, ese cambio era para mejor.

La casa volvía a sentirse como un hogar.

No como un lugar de vigilancia.

No como un escenario de miedo.

No como una prisión invisible.

Un verdadero hogar.

Las habitaciones estaban llenas de risas.

De juguetes.

De fotografías familiares.

De planes para el futuro.

David también parecía diferente.

Más relajado.

Más presente.

Más feliz.

La experiencia que habían vivido los había marcado profundamente, pero también había fortalecido su matrimonio.

Habían aprendido a apoyarse mutuamente incluso en los momentos más oscuros.

Y aquello valía más que cualquier otra cosa.

La situación de los Vance también había cambiado.

Arthur vendió su casa pocos meses después de los acontecimientos.

La decisión no fue fácil.

Había vivido allí gran parte de su vida.

Pero comprendió que permanecer en aquel lugar solo prolongaría el sufrimiento.

Antes de marcharse, envió una última carta a Sarah y David.

Era breve.

Sincera.

Y estaba llena de arrepentimiento.

Les agradecía la paciencia que habían mostrado y les deseaba una vida llena de paz y bendiciones.

Sarah guardó aquella carta.

No porque quisiera recordar el miedo.

Sino porque representaba algo importante.

El final de una historia dolorosa.

Helen continuó recibiendo ayuda profesional.

Con el paso de los meses comenzó un proceso lento pero necesario de recuperación emocional.

No fue fácil.

Nunca lo sería.

Algunas pérdidas dejan heridas profundas.

Pero por primera vez en muchos años, estaba enfrentando su dolor en lugar de esconderlo detrás de recuerdos y obsesiones.

Sarah rezaba para que encontrara la paz que tanto necesitaba.

Una tarde de diciembre, Clara visitó nuevamente a la familia.

Mientras tomaban té junto a la chimenea, observó al pequeño Daniel jugando sobre una manta.

—Es hermoso.

Sarah sonrió.

—Lo sé.

—Y tiene tus ojos.

David intervino inmediatamente.

—Eso aún está por verse.

Todos comenzaron a reír.

Una risa sincera.

Libre.

Sin miedo.

Sin tensión.

Sin sombras.

Cuando Clara se marchó, Sarah salió unos minutos al porche.

El aire frío acarició su rostro.

Frente a ella, los árboles permanecían inmóviles bajo la luz del atardecer.

Todo estaba en silencio.

Un silencio completamente distinto al de meses atrás.

Antes, el silencio escondía incertidumbre.

Ahora transmitía tranquilidad.

Seguridad.

Esperanza.

Mientras observaba el paisaje, recordó la primera noche en aquella casa.

La emoción de comenzar una nueva vida.

Las ilusiones.

Los sueños.

Luego recordó todo lo que vino después.

Las cámaras.

Las notas.

La vigilancia.

Las mentiras.

El miedo.

Y finalmente la verdad.

Una verdad dolorosa que había cambiado la vida de muchas personas.

Sarah comprendió entonces algo importante.

Algunas veces las personas más peligrosas no son aquellas que actúan movidas por la maldad.

A veces son personas heridas.

Personas atrapadas en un dolor tan profundo que terminan perdiendo el rumbo.

Eso no justifica sus acciones.

Pero ayuda a entenderlas.

Y comprender una tragedia puede evitar que se repita.

El pequeño Daniel comenzó a llorar suavemente dentro de la casa.

Sarah sonrió.

Aquella era la llamada más importante de su vida.

Regresó al interior.

Tomó a su hijo en brazos.

Y sintió una inmensa gratitud.

Porque después de la tormenta había llegado la calma.

Después del miedo había llegado la esperanza.

Después de la oscuridad había llegado la luz.

Y mientras observaba a su familia reunida bajo el calor del hogar, comprendió que el verdadero final de esta historia no era la obsesión, ni el engaño, ni el terror.

Era el amor.

El amor que protege.

El amor que persevera.

Y el amor que, incluso en las noches más oscuras, encuentra el camino de regreso a casa.

FIN.